ALMUDENA SÁNCHEZ

LA ACÚSTICA DE LOS IGLÚS

CASMAU DE IHOYA

ALMUDENA SÁNCHEZ

La acústica de los iglús

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

A mis padres y a Mario

Hay algo de lo que no nos curamos, y pasarán los años y no nos curaremos nunca.

NATALIA GINZBURG

Hablar es un acto de desesperación.

ELOY TIZÓN

La señora Smaig

Existe una teoría, de sobra conocida, pero poco comprobable, sobre el poder psíquico de los animales. De la mayoría de animales. De cómo detectan campos magnéticos, alteraciones eléctricas, embarazos y divorcios y predicen lunas llenas. De cómo se quedan mirando, sin respiración, absortos y erizados, una pared blanca, completamente blanca, donde no hay vida, ni suspiro más profundo que se le pueda dedicar a una pared espantosamente blanca.

Un día estaba saltando a la comba. Me acuerdo de eso. Cuando salto a la comba, el tiempo se para. Solo existe una cuerda que aparece y desaparece como las olas del mar. Y llamaron a mis padres, entre algunos de mis saltos. Los llamaron para decir, para avisarles de que *algo-no-marchaba-bien.* Hay que deletrearlo. En mi cuerpo. Una zona devastada. Una anomalía, gen o bacteria. Todavía no estaba claro. Los marcadores, las cosas de la salud y la mala suerte. Y sobre todo, y con la debida consideración:

qué terrible es mirar al cielo por las noches.

Fue entonces cuando los animales empezaron a interesarme. Y yo a ellos. Me miraban sin pestañear, durante largo rato, como se mira a un gusano moribundo. Me había convertido en un ser humano de su interés, que se balanceaba entre la vida y la muerte. Un extraño helicóptero que volaba sin hélice. Se acercaban a mí para detectar algo tan abstracto y sensible como una enfermedad prematura. Me olfateaban con gusto, con placer, con rabia. Anatómicamente. Era su nuevo descubrimiento. Llevaba una materia flotante dentro de mi cuerpo, una sustancia indefinible. Con el tiempo, amplié mi información:

Los animales, especialmente los perros y los gatos, tienen un olfato diez mil veces superior al de las personas.

La mayoría de las frases eran informativas. El resto eran historias fantásticas o leyendas urbanas sobre perros y gatos extraordinarios. Los que se acercaban a mí, sin embargo, eran animales vulgares, con una mancha descontrolada alrededor del cuello. Lo cierto es que una enfermedad —esa cosa flamígera que

mantiene a un cuerpo medio vivo— no deja espacio para moverse. Se me olvidaban las palabras: ¿qué es la yugular? De vez en cuando, hay que reservar fuerzas para saltar a la comba, porque se para el tiempo. Es una afirmación contundente. Aunque las teorías que le interesen a una sean, casi siempre, poco comprobables.

Todas las grandes historias tienen dos versiones: mientras me documentaba sobre los animales, el aparato psíquico, los componentes del átomo y el escalofrío de las tormentas, estaba rodeada de paredes espantosamente blancas, en un hospital *blanco,* abrigada por sábanas blancas. La muerte, mi muerte, no viste de negro. Yo que la he visto de cerca, puedo describirla: es joven y pálida como un azucarero roto.

Me hice un esquema con todas las teorías. La mano, con un suero clavado, se vuelve robótica; escribe a toda velocidad. El tiempo interno es superior al tiempo externo. Quería que mis pensamientos quedaran para la posteridad, si es que yo tenía derecho a *alguna* posteridad. La posteridad, pensaba yo, debía de ser como un tatuaje descolorido en el cerebro.

Y estaba la mayor parte del tiempo sola.

Las cosas que hacemos solos, en casa, en el hospital, en un manicomio, no son tan raras. Al contrario: parecen raras. Porque estamos solos y nos miramos mucho al espejo, para vernos, subrayarnos y mandarnos un mensaje corporal:

que seguimos ahí, definitivamente, solos y vivos.

Y hablamos con nosotros mismos y nos abrazamos hacia atrás, de forma bastante tierna (y algo desesperada), hasta donde alcanzan nuestros brazos.

El espejo es una confirmación demasiado realista de la vida. Una vez leí un cuento infantil muy conocido: una mujer tenía un espejo que hablaba y le decía que era la más bella. El espejo se lo repetía continuamente. Una tarde, el espejo se incendió y dejó de hablar. En poco tiempo, la mujer acabó convertida en una bruja. Y todo salió mal y se estropeó por culpa de un espejo parlante.

Si el espejo no hubiera hablado, sería como todos los demás espejos: un objeto mudo. La mujer se habría visto como una mujer cualquiera, con el pelo enredado por las mañanas, y no habría ocurrido nada insólito. Pero entonces no sería un cuento y tampoco se parecería a la vida.

El tema de los poderes psíquicos y la percepción animal siguió ahí y se incrementó durante varios meses, mientras me inyectaban morfina, calmantes y antibióticos entre paredes muy blancas.

Con tantas inyecciones y medicinas, se me olvidaban cosas básicas, como por ejemplo: el método para resolver una ecuación, la diferencia entre verdura y hortaliza, el nombre de mi profesor de griego o la risa de mi hermano Nico. En cambio, a cada hora, me asaltaba la idea de que un animal, justo entonces, estaría percibiendo la explosión de mi enfermedad. Eso no se me olvidaba. Me sentía comprendida por los animales.

Pasaban los días en el hospital. Cuantos más pasaban, más llena estaba de cables. Era difícil averiguar qué cables conectaban con cada zona de mi cuerpo. Me enredaba en ellos, me tenía que desenredar y gritaba de dolor en un paisaje esterilizado. No hay eco en los hospitales. Sin embargo, siempre oía las pisadas de los enfermos que caminaban por el pasillo. Sus pisadas marcaban los minutos. Las tres de la tarde. Cuando dejaban de caminar, la hora de la cena. Y así era la vida en el hospital. Sin estímulos.

Cualquier movimiento me hacía daño y provocaba una nueva herida.

Entre operación y operación, salía del hospital como quien viaja por primera vez al Amazonas. Entre el susto y la fascinación. En aquel hospital, por algún motivo, no me curaba nunca. Deseaba que me dejaran marchar y cuando lo hacían, aprovechaba los momentos libres para pasear e ir al cine. Me obligaban a comer palomitas, por mi delgadez. Y todas las películas que veía eran comedias de amor.

El tiempo perdido —entre el llanto y la anestesia— era una manzana que yo iba mordiendo lentamente, hasta llegar al hueso.

Mi madre, que me cuidaba y me atendía en el hospital, hizo más amigos que en toda su vida. Siempre ha sido una mujer solitaria. Durante los primeros días, los familiares de los enfermos se aislaban en diferentes ventanas, para dejarse arrastrar por la brisa y los colores del jardín. Era una actitud normal: la de maldecir al mundo y evitar las lágrimas. Pero, poco a poco, la mayoría de ellos se fueron acoplando en una misma ventana. Se convirtieron en una pandilla de afectados. Murmuraban. Se daban la mano. Se abanicaban. Mascaban chicle de forma simultánea. Se retorcían de la pena, del aburrimiento y otra vez de la pena. Intercambiaban

postales de viajes, instantes felices bajo una sombrilla. Mira: un atardecer en Lanzarote. El cumpleaños de Marco, en el 87. Todo eso juntos y cronometrados y también un poco tímidos.

De todos los animales de la jungla, el elefante es el que tiene el olfato más desarrollado. Tiene bulbos olfativos en el cerebro. Por ese motivo, va equipado con una trompa kilométrica, para oler como una aspiradora todo lo que va a pasar.

La intuición del elefante es enorme. Y la memoria. Una vez vi desmayarse a un elefante africano. Y tembló la montaña entera. Se desorientaron los ríos. Iba de camino al cementerio de elefantes, a camuflarse entre huesos descalcificados y tierra húmeda. Iba a morir. Pero de camino, se desmayó y murió en otro lado. Lo peor sucede así, cuando estamos yendo a algún sitio y no acabamos de llegar. Esa sensación de quedarse en el intento, de parálisis horaria, de olvido a largo plazo y salones demasiado amplios. Lo peor de la vida sucede en los gerundios.

En la mayor parte de los casos, la muerte nos despide con los ojos abiertos. Nos quedamos, entonces, con la mirada petrificada y abierta al mundo. Buscamos la última imagen del cielo, creyendo —a menudo— que será la penúltima. Pero las personas que cierran los ojos por completo (que suelen ser los casos más raros), terminan quedándose con un ojo abierto y el otro no. O con los ojos entrecerrados. O con un tic, parpadeante, que recuerda al temblor de las alas de mariposa. Un tic en un muerto es, por decirlo de alguna forma, un descuido inexcusable. Existen, por tanto, profesionales especializados en cerrar los ojos a los muertos. Tienen la mano adiestrada para ello. Disponen de las yemas y las palmas de las manos muy suaves, que se hidratan con cremas al amanecer y se exfolian con sal marina por las tardes. Las uñas bien aseadas y cortas. La exactitud y el pulso conveniente. No hay que usar guantes: basta con tener el don de la delicadeza.

Es lo que ocurre con las enfermedades. Que una se acuerda de estas cosas. Y se empieza a fijar en las manos, en las manos de toda la gente.

Por los pasillos de los hospitales viajan biopsias y flores. Análisis y peluches. Purpurina y bisturíes. Desfibriladores y quitamanchas.

Radiografías y bombones. No está prohibido el drama ni la euforia. Los visitantes se olvidan sus paraguas y se mojan con la lluvia, de camino al párking, lo que aumenta la gravedad del asunto. En ocasiones, también se olvidan la bufanda, las gafas y, a veces, el transistor. El departamento de objetos perdidos está siempre saturado. Tanto objeto muerto; cada día más. Al borde del colapso. Un día encontraron una faja de algodón que no era de nadie.

Una enfermera me explicó que, finalmente, después de muchos trastornos, iban a cerrar el departamento.

Y lo iban a cerrar para siempre. No era broma. Nos lo repetía por si nos habíamos dejado algo. Algo importante. Los departamentos cierran, la vida se acelera, el cohete Atlas V proseguirá su viaje a Plutón, las parejas de la Tierra romperán y se reconciliarán. Un señor con bigote inventará, por fin, el crecepelo definitivo y un actor de Wisconsin será el elegido para promocionarlo.

Y yo pensé en aquella faja olvidada. ¿Quién se la iba a quedar?

A los hospitales no vuelve casi nadie, aunque son el futuro de casi todo el mundo.

En una de mis salidas —todavía enferma— fui al zoo. Hay momentos, cuando se instala una enfermedad peligrosa en el cuerpo, en que una no sabe muy bien cómo se llama. El nombre. Cuesta decirlo. Quizá porque se ha perdido un poco. Te acuerdas de la enfermedad, con todos sus acentos, sus consecuencias, su historia y su evolución. Ocupa mucho espacio en la persona. Lo ocupaba en mí. Entonces me llamaba *borderline*. Entré sola, recién operada, caminando despacio. Todavía estaba débil, con una cicatriz que me partía en dos. Las cicatrices también caminan, quiero decir, van con las personas, se mueven. Antes caminaba de una manera y ahora camino de otra. Ya no ando tan recta. Me inclino, ligeramente, hacia la izquierda. Hay que adaptarse a la cicatriz, siempre. Y luego ya se puede seguir viviendo.

Quería saber hasta qué punto los animales detectaban mi enfermedad.

El zoo estaba en calma. Los elefantes se movían en el espacio raquítico de veinte metros cuadrados, y aunque yo me acercaba con cautela, como otro animal herido, para que me olfatearan, no me hacían demasiado caso. La fauna seguía su curso, entre bambalinas, comiendo pescado y moras, acicalándose, relamiendo un tronco árido casi seco y pisando charcos de barro. Los delfines saltaban

encasillados. ¿Existe un salto más triste y más aplaudido que el del delfín?

A mi lado había una turista, sonriente y bucólica, que les daba maíz a los mapaches. Se llamaba Smaig. La señora Smaig. Tenía dos bolsas llenas de maíz. Con una de ellas alimentaba a los mapaches. Y los mapaches le prestaban mucha atención. Una atención personalizada. A la señora Smaig. Y con la otra bolsa, rellenaba los huecos vacíos de los árboles. Los boquetes en la madera. Las pequeñas erosiones del tiempo. Encajaba cada grano de maíz al milímetro, como si cada semilla estuviera predestinada a ocupar un lugar concreto en cada árbol.

Si los árboles tuvieran rostro, habrían contenido la respiración.

La señora Smaig tapaba las imperfecciones del mundo, que se multiplicaban, se sucedían y se agolpaban con fervor. Los árboles se resquebrajaban a su paso, le hacían reverencias. Aun así, la señora Smaig era insistente y estaba a todas horas con un trozo de maíz entre los dedos, buscando el espacio adecuado para completar su puzle ruinoso y terminarlo algún día, con las manos olorosas, teñidas de amarillo. De vez en cuando, le daba por disimular y buscaba árboles que estaban fuera del recinto —árboles de cartón piedra— y les clavaba el maíz entre las ramas. Aunque la señora Smaig se esforzaba en su labor, siempre había niños revoltosos que encontraban el residuo de maíz pegado al árbol, como una especie de tirita orgánica, y se lo comían, con resina y todo.

Yo, en cambio, estaba de pie, ensimismada, mirando las jaulas decorativas, la firmeza del bambú, las palmeras de plástico que iluminaban la noche. El chiringuito atestado de cocos. Piña colada o granizado de horchata. Gorras de visera o plumas de ganso. Estampados de tigre o pistolas de gomaespuma. El mundo está lleno de posibilidades por dondequiera que uno vaya. Las cabinas telefónicas, por supuesto, también contribuyen al caos mundano: tienen una puerta abatible, la hora en la pantalla y unos botones que suenan como la escala mayor armónica. ¿Se puede pedir más? Un día este planeta no aguantará su propio peso. Y caerá, borracho del mareo.

Después de varios fracasos, sin haberme reafirmado en mi teoría (¿ya no les interesaba a los animales?), decidí continuar con mi paseo por el zoo y visitar a los monos, que se parecen a los humanos y son animales cercanos, graciosos y amigables. Y saludan, se esconden, carraspean. Y tiritan de frío.

Podría decirse que mi etapa en el hospital fue la más sociable de mi vida. Nunca me han visitado tanto, cada diez minutos alguien, aporreando la puerta y pidiendo perdón por la impaciencia. Sí, yo tenía la costumbre de recibir visitas sin tener nada que ofrecer. Una cara lánguida y un saludo atragantado eran mis gestos habituales. Y empecé a distinguir muchos tipos de blanco. Casi todas las tonalidades del blanco: el blanco marfil, el sucio y el hueso. Igual que les pasa a los esquimales, que son capaces de distinguir más de treinta tonalidades del blanco. Esas habilidades humanas se aprenden con el tiempo, estoy segura. Sobre todo, en las debidas circunstancias. Bien, pues todos esos colores blancos fluctuaron entre mis ojos, como un mar de invierno, capitaneado por cáscaras de huevo. La noche era tan blanca —vampírica— que daba miedo apagar la luz, porque si la apagaba, pensaba yo, allí iba a gritar todo el mundo, lo que se dice un grito largo, colérico, de esos que aturden al vecindario con estruendo y sordidez.

En el hospital, se tiene una visión amplia de nuestros alrededores. Como si la enfermedad, en esencia, incluyera unos prismáticos. Se puede resumir la vida al completo: cuántos amigos y cuánta familia se tiene. Es una cuenta matemática muy simple, no hace falta ser catedrático. Se suma o se resta. En realidad, es una situación delirante y fantasmal. De repente, están todos ahí. Esperando. Esperando, ¿el qué? ¿Una avalancha de nieve? El veredicto del médico o lo que diga la paciente (sobre todo cuando no se tienen palabras) y se ha perdido la memoria entre paredes espantosamente blancas.

En momentos —digamos— difíciles y trágicos, la familia resulta ser más grande de lo que uno había pensado. La familia es faraónica. Un ejército descomunal. Una bandada de aves trasnochadas. No caben en la sala. No duermen por ti. No comen por ti. No trabajan por ti. No bostezan por ti. Y para más castigo, no caben en la sala. Aunque se estrechen y ocupen todo el espacio. Tienen que entrar por turnos y la familia solo es una, como un gigante antiguo. Yo no sabía si darles las gracias o el pésame. Recuerdo que olían a calle mojada y a farola de barrio. Me gustaban esos olores. Me acariciaban la cabeza, se quedaban con un mechón de pelo en las manos y me miraban de reojo, porque no hay que mirar con atención a la enfermedad. Hay que mirarla regular. Que las cosas se engrandecen enseguida, que la vanidad es un árbol sin ningún nido, que la virtud está en el término medio. ¿Quién decía eso? ¿Los presocráticos?

Mi hermano crecía y crecía. Él se hacía mayor y yo no sabía

cómo colocarme a su lado. No podía pasarle el brazo por el hombro para decirle: qué paisajes tan profundamente blancos. Él entendía esas frases y muchas más. Poco a poco, iba comprendiendo que los hospitales son escaparates vacíos. Por mucho que uno intente jugar allí, nunca se puede.

Se estaba haciendo experto en el arte de la incomunicación.

Mis primas tenían nuevos amores. Allí conocí a sus actuales maridos. Y los saludé, con la mejor sonrisa que tiene una enferma: una sonrisa ladeada.

En el fondo, ésa fue una cosa buena. En mi habitación de paredes espantosamente blancas había entrado el amor. Y yo pensaba bastante en el amor. Todavía no había amado. No lo había hecho. Y, a lo mejor, nunca podría hacerlo. En la filosofía y el amor.

Al final, la señora Smaig y yo acabamos recorriendo el zoo juntas. Muy juntas. Casi de la mano. No nos faltó ni una jaula por inspeccionar. Como si recorrer aquel animalario fuera nuestro último impulso de vida. Un poco ausentes, un poco místicas. A veces, yo tenía la impresión de que realmente era lo último que íbamos a hacer. No nos quedaban fuerzas para más. Y seguíamos, perseverantes, sin comer, ni beber, ni tragar saliva. Y jadeábamos, las dos. Las fieras encerradas en las jaulas nos miraban con inquietud. ¿Qué tipo de animales son ésos? La verdad es que no sé qué le pasaba a ella, a la señora Smaig, detrás de su sombrero de ala ancha. Podría ser la muerte de su marido. O de un hijo. O quizá fuera la pérdida de todo su dinero. O la bebida. O todo a la vez. Y ella tampoco sabía qué es lo que me pasaba a mí, caminando de medio lado. No queríamos saberlo. Era reconfortante pasear así, entre animales enclaustrados, sin decir una palabra. Sin embargo, pese a la perfección del instante, me hubiera gustado tener, durante aquel paseo, una libreta de rayas. No sé por qué. Una libreta para la posteridad. Son cosas que una echa de menos cuando un día se sale del calendario.

Durante toda la tarde, paseamos despacio. Parecía que arrastrábamos un menhir. Cada diez minutos parábamos ante una jaula distinta. Ella atiborraba de maíz a los animales (eso le hacía sentirse dichosa), y yo miraba fijamente a los tigres. ¿De verdad que no presentían en mi cuerpo una herida de rayo, una colmena venenosa?

Me acercaba mucho a las jaulas, unos centímetros más de lo que estaba permitido.

Tras algunas horas de andadura, conseguimos ver el zoo varias veces seguidas —cuatro veces, creo recordar—, serpiente tras serpiente, búfalo tras búfalo, y cuando ya iban a cerrar, a las tantas de la noche, y los turistas con sus niños aplaudían la actuación final de los delfines, noté que el elefante más grande de todo el zoo comenzaba a olfatearme. Sacó su trompa por una de las rendijas de la jaula y me olfateó amablemente. Sin pasarse. Lento y civilizado. Sin dolor.

No ocurrió ningún milagro. El elefante, tras el olfateo minucioso, regresó al fondo de su jaula y se dejó caer, agotado del cansancio. Se había quedado sin aire. Como si hubiera esnifado kilos y kilos de alquitrán. Un mamífero deshinchado y gris.

Acto seguido, comenzaron los fuegos artificiales. Era el último día del verano. El zoo cambiaba de horario —ya no abrían el recinto por la noche— y no tendríamos otra oportunidad de volver a ver a los pingüinos bajo las estrellas. Hasta el año siguiente. La mayoría de las despedidas son rutinarias o melodramáticas. Sin embargo, yo no me podía despedir de la señora Smaig, ni de una forma ni de la otra. Estábamos tan unidas como la vida y la muerte, mirando el cielo nocturno, que se encendía y se apagaba entre temblores de humo. De hecho, gracias a las ráfagas de luz, pude ver que los granos de maíz que habían sobrado en su bolsa tenían un aspecto ceniciento, poco comestible. Menos mal que los fuegos artificiales ya son una despedida en sí mismos y no hizo falta decir mucho más.

El frío a través de los engranajes

Las arenas movedizas

Desde que a papá se lo tragaron las arenas movedizas, en algún lugar cercano a la bahía de Morecambe, cualquier superficie nos parecía peligrosa. Ningún suelo nos resultaba lo suficientemente acogedor, ni civilizado, para instalar una tienda de campaña, construir una casa, alquilar un sótano o lo que sea. Buscábamos una cierta seguridad, que es lo mínimo que se puede esperar de un trozo de suelo. La corteza terrestre —explicaba mamá—, por alguna razón, estaba averiada. La gravilla nos quemaba los pies. Las baldosas estaban demasiado frías. Y nuestros zapatos, carcomidos por los gusanos. O eso decía mi hermano Percival.

Por ese motivo y por algunos más, viajábamos en furgoneta. Parasoles en las ventanas, maletero desplegable, colchones al fondo, el cielo siempre del revés. Viajábamos sin mapa, sin fecha, sin destino. El cuentakilómetros estaba oxidado. Normalmente —pensaba yo—, para este tipo de viajes se utiliza una caravana, que es más apropiada y no resulta tan deplorable como una furgoneta de segunda mano.

¿Qué dirán cuando nos vean? Una mujer temblorosa al volante, con sus dos niños detrás.

Estamos huyendo de las arenas movedizas, le decía mamá por teléfono a nuestra tía Delmi, que era la única de la familia que no había perdido aún la memoria. Se acordaba de cosas tan raras como de las constelaciones del cielo y de una famosa receta contra la jaqueca vespertina.

Tía Delmi hablaba siempre por teléfono. Era un hábito más que un consuelo. Los tiempos cambiaban y ella se mantenía intacta y primitiva como un fósil de dinosaurio. Le habían ofrecido un curso de internet gratuito para mayores y se había negado. Le insistieron para que se apuntara porque allí se conocen a señores interesantes y se había negado. Todos esos avances le parecían deprimentes. Solo

le gustaba el teléfono, con su cable largo y tortuoso. Nunca necesitó ayuda para descolgar el aparato, a pesar de que tenía que levantarse del sofá, estirar mucho el brazo, que crujía o chirriaba, y volver a recostarse luego.

Entretanto, nosotros huíamos. Abandonábamos todo tipo de suelo: granito, piedra, el espesor de las ciénagas.

Un día de lluvia incesante, nos instalamos en las proximidades del Támesis. Llovía tanto que no se podía circular y Percival y yo jugábamos con los restos calcinados de un neumático. Encontramos el neumático en un pantano. Mamá se ponía muy nerviosa con las tempestades y gritaba:

—Otra lluvia de alcantarilla, otra más para la colección.

Lanzaba insultos contra el diablo y los dioses griegos. Pero Percival y yo seguíamos jugando, bajo el diluvio, con aquellos restos de neumático.

—¿Nos lo llevamos de repuesto?

Era una pregunta lógica que no tenía respuesta. Aunque las preguntas ilógicas tampoco la tenían. Eso se aprende rápido, que las respuestas siempre decepcionan, y si no decepcionan, acaban convirtiéndose en pesadillas abstractas, en las que aparecen volcanes en erupción o rinocerontes con el cuerno roto.

Hasta que amainó la tormenta, mamá estuvo dando vueltas alrededor de un rectángulo de césped mal cortado. Nos secamos, consumidos por el sol, y enseguida volvimos a la furgoneta.

El paisaje

En la parte de atrás de la furgoneta viajábamos Percival y yo, sorteando curvas prolongadas. Perdíamos a ratos el conocimiento y cuando lo recuperábamos, nos encontrábamos con un paisaje que iba cambiando, muy diferente. Mamá nos daba dos pastillas al día: biodramina y vitamina C. Tenía varias cajas en la guantera. No le gustaba vernos desmayados, con la cara violeta y el desconsuelo en los mofletes.

El paisaje era así: había acantilados de uralita, mesetas sin sombra, cementerios kilométricos. Todo eso a la vez. Y también veíamos gallinas sobrealimentadas, un pueblo de treinta habitantes, robledales de paso. Los mejores días los gastábamos entre magníficos trigales y torres de alta tensión. Ya es por la tarde, Percival. Te has mareado, Katia. Apago la radio o la enciendo. Las

noticias de las seis. Las noticias de las siete. *Concierto en Si Menor* de Oskar Rieding.

Mamá era una imagen. Un par de ojos que se reflejaban a través del espejo retrovisor. Apenas cambiaba la expresión de su rostro. En ocasiones, le brillaba de forma estrepitosa el iris, como si hubiera visto a un espíritu ondulante. Otras veces, muy pocas, se soltaba el pelo y sus rizos se los llevaba un poco el viento. Era un espectáculo maravilloso. Un fotograma de cine. Aquel pelo inquieto, que aleteaba y volvía a caer detrás de sus orejas. Habría podido pasarme horas mirando esa escena, con la boca abierta, como miran los niños.

A mamá le dolían los ojos. Que tenía una piedra entre los párpados, decía. O una pelusa, continuaba. O una mota de polen o una pestaña cargada de rímel. Que no sabía bien lo que tenía en los ojos. Que, últimamente, se perdía por el camino. Que el clima era el culpable. Y entonces, Percival metía sus manos dentro de los ojos de mamá y mamá paraba el auto y cuando ella lo paraba, se detenía el paisaje.

Los árboles eran fugaces.

Los ciclistas

Nuestra furgoneta no tenía mucha potencia que se diga. Ahorrábamos dinero en gasolina y viajábamos a fuerza de impulsos acelerados. Mamá nos aseguró que pronto encontraríamos el sitio perfecto. Y cuando eso pasara, nos bajaríamos y se acabaría el viaje. Que era una promesa, una misión. Nos lo explicaba cuando empezábamos a lloriquear, porque había un mundo detrás de los cristales, tan grande y espléndido que si abríamos bien los ojos no podíamos creerlo. De veras que no podíamos creerlo. Pero había que esperar.

Pasaban los meses dentro de la furgoneta.

Percival decía que a mamá la adelantaban los coches, que la adelantaban las motos, que una vez le adelantaron una fila de muchos ciclistas.

¿Adónde van?

Los ciclistas pedaleaban siguiendo una línea recta. Percival los

aplaudía.

—Quiero ser ciclista.

Los juegos

Para distraernos, Percival y yo inventábamos juegos. Sacábamos la mano por la ventanilla y atrapábamos moscas. Mi hermano sabía mejor que nadie cómo arrancar las alas a las moscas. No le parecía justo que aquel bicho, asquerosamente negro, hubiera adquirido un día la capacidad de volar. Después, metía en un bote de cristal todas sus moscas: las que no tenían alas y las moscas muertas.

También jugábamos a aguantar la respiración. Aunque ese juego nos duró muy poco. Percival casi se ahogó un día jugando a eso y mamá tuvo que parar de conducir durante una hora. La segunda vez en todo el trayecto. Aquel fue un parón memorable. Se lo contamos a tía Delmi, que estuvo bastante receptiva desde el inicio de nuestro viaje. Nos confesó que había estado esperando nuestra llamada con inquietud, empolvándose con cuidado la nariz, pues aquel día pasaba a verla el lechero.

El lechero era un señor del pueblo que a mamá no le gustaba nada y a tía Delmi sí. No se ponían de acuerdo. Aunque lo cierto es que la leche de sus vacas era famosa en todo el pueblo. Y tía Delmi lo que solía hacer era comprarle leche, litros de leche, cantidades ingentes de leche y toneladas de leche. Leche a raudales. Entera, desnatada y semidesnatada. Leche de cabra y de soja. Leche en polvo y sin lactosa. Y una vez —solo una vez—, cuando se le acabaron todas las leches, le compró un arroz con leche.

El pasajero

Era octubre. Habían pasado dos meses desde el comienzo de nuestro viaje. Dos meses largos. Estábamos aburridos y somnolientos mirando un punto fijo del horizonte, cuando subió un pasajero a la furgoneta. Una cara nueva. Era un hombre barbudo, alto y pelirrojo, con arrugas de pensamiento en la frente. Tenía aspecto de granjero. Se instaló en el asiento del copiloto y lanzó su maleta junto a las nuestras, que estaban abiertas y descoloridas. Llevaba gorra, chaleco y una camiseta negra con dibujos de tiburones. En la

parte de atrás de su camiseta ponía: SHARK.

—Dentro de la furgoneta no se fuma —le dijo mamá.

Eso fue lo primero y lo único que le dijo. Y arrancó la furgoneta, como si pilotara una nave cósmica. Le costó un cuarto de hora hacerla funcionar. El nuevo pasajero nos observaba atento, con los ojos punzantes. El motor sonaba a mugido. No había manera de salir de la gasolinera. Uno de los empleados nos ofreció ayuda y mamá le escupió en el pecho. Directo al corazón. A mí me daba vergüenza que parásemos en cualquier sitio, con aquel armatoste demoníaco, porque había que arrancar, siempre había que arrancar, y daba vergüenza y un poco de pena volver a arrancar, otra vez desde cero, para no ir a ninguna parte.

Nos largamos a toda velocidad de allí, como si tuviéramos prisa.

La verdad es que el pasajero no hablaba, no comía, ni hacía gestos graciosos. Ninguna payasada. Tampoco mostraba agresividad. Era de lo más raro. Nosotros estábamos acostumbrados a las tonterías, a los chistes y también a los castigos. Muy acostumbrados a los castigos. Los amigos de mamá, o nos trataban bien o nos detestaban. Y como él no hacía ninguna de las dos cosas, nos resultaba inquietante, serio y glacial, ocupando el sitio de nuestro padre con impasibilidad funeraria. Allí debería estar papá, con su abrigo desabotonado, comentando las noticias de las seis, las noticias de las siete.

Avanzábamos directos al norte por carreteras secundarias y pronto empezamos a notar el frío. El frío a través de los engranajes.

El frío

Aquella tarde, con el pasajero dentro de la furgoneta, notamos cómo se hacía más denso el frío polar. Empezaron a formarse estalactitas en los dedos de Percival, que, bastante asustado, las desmenuzaba con los dientes. Parecía un castor. En uno de mis bolsillos creció una planta abominable. Percival la alimentaba con sus moscas muertas, cargadas de nutrientes, y mamá parecía no percibir el microclima que llevábamos dentro.

—¿Cómo va a crecer una planta dentro de un bolsillo?

Llevábamos tanto tiempo metidos en la furgoneta, oliendo a gasolina (seguro que había un escape por alguna parte) que alucinábamos y nos reíamos de nosotros mismos. Estábamos

helados y confundidos. Demasiada vitamina C en el cuerpo, le dije a Percival, que estallaba en carcajadas masticando trozos de estalactita.

Tía Delmi nos llamó muy exaltada para contarnos que se mudaba con el lechero. Que ya era hora, después de tantas meriendas juntos. Que había sido una decisión conjunta y sobre todo romántica. Y que después de la mudanza se casarían, tendrían hijos y esos hijos heredarían la industria lechera. Esa noticia enfureció a mamá y entonces ocurrió algo terrible: mamá sacó una pistola que llevaba en la guantera, la acarició unos segundos con sus uñas de porcelana que tintineaban en el aire, y disparó contra un árbol, al que partió una rama. La rama se cayó al suelo y, junto a ella, un nido lleno de polluelos que empezaron a piar desaforadamente.

Percival se angustió ante aquel nido derrumbado. Mucho más que con el disparo de mamá.

Mamá tenía puntería y estaba atractiva con la pistola en sus manos. Demasiado atractiva. Parecía sacada de uno de esos westerns modernos que le gustaban tanto a papá. El pasajero (al que ahora llamábamos Shark) seguía sin pronunciar palabra. No se inmutó. No le impresionaba el carácter encendido de mamá. Quizá ya conocía sus reacciones. Y se mostraba como lo que era: un tiburón silencioso.

El suelo

Bebíamos constantemente agua, comíamos fruta, tres latas de conserva al día. Nuestra rutina funcionaba muy bien. No nos saltábamos ni la hora de las oraciones, ni la de los estiramientos. Sin embargo, la furgoneta comenzó a hacer ruidos de ultratumba, infernales, hasta que dejó de funcionar. Mamá intentó forzarla, apretaba los pedales con fuerza, apagaba y encendía el motor, golpeaba el salpicadero e incluso hablaba con la furgoneta como si fuera humana, con más cariño del que habíamos oído nunca:

—Vamos, querida, que tú puedes.

Pero la furgoneta no pudo más. Y nosotros no podíamos más. Ni siquiera el pasajero Shark podía más (y eso que llevaba poco tiempo en el carruaje de las tinieblas). Shark salió del automóvil para empujarlo y desviarlo de la carretera. Mamá se quedó dentro.

Vigilaba su pistola y cantaba salmos. Se estaba poniendo nerviosa. Eso lo notamos al instante. El caso es que no sé qué hacíamos impulsando la furgoneta. Si por esa carretera no circulaba nadie, ni un tractor agrícola, ni un caballo solitario.

Las estalactitas seguían creciendo en los dedos de Percival.

Finalmente, Shark consiguió arrastrar la furgoneta hasta un descampado. Estaba sudoroso y llenó la furgoneta de calor cuando volvió a su asiento. Mamá no se separaba de su pistola, que acariciaba de vez en cuando, como señal de advertencia. Nos miramos todos. Nuestro viaje sobre ruedas había acabado en una planicie poco destacable, nada espectacular. Un lugar cualquiera, apartado del mundo. No había vegetación, ni un solo geranio decorativo. Mamá parecía no saber qué hacer. Y yo me preguntaba si aquél era el sitio perfecto del que mamá tanto hablaba, el lugar de sus sueños, el terreno adecuado para nosotros. Estaba pegada a su pistola, y cuando se ponía así, no nos acercábamos a ella. Preferíamos no hacer ninguna pregunta.

El miedo

La situación era muy extraña. Nos encontrábamos los tres —Percival, Shark y yo— amenazados por una mujer descontrolada que acumulaba odio y tenía una pistola que apuntaba al horizonte.

Una pistola que ya había utilizado otras veces.

Nos habíamos bajado de la furgoneta para que nos diera el aire. Yo intentaba no mirar a mamá a los ojos. No hay que mirar a los animales salvajes a los ojos. Y empecé a sospechar que aquello se parecía mucho a un secuestro. Si no era un secuestro, si lo que estaba pasando no era que una madre había secuestrado a sus dos hijos y a un desconocido, ¿qué era eso? ¿Qué se supone que era? ¿Una reunión familiar? ¿Una fiesta sorpresa? Entonces deseé con todas mis fuerzas que Shark fuera una buena persona, de esas que hacen que todo acabe bien, sin incidentes.

Pero mamá, después de varias horas, lo único que hizo fue disparar muchas veces al suelo, repetidamente al suelo, profundamente al suelo, con la mandíbula rota y los labios apretados. Como una forajida. Ella disparaba al suelo y lo hacía vibrar y el suelo se resquebrajaba a veces y algunas balas rebotaban contra las piedras y otras no, porque salían disparadas hacia el cielo omnipotente y grandísimo, de otro planeta, que se nublaba unos

segundos y luego se aclaraba de nuevo.

Yo pensaba en la insistencia cíclica de los atardeceres.

Aunque la puntería de mamá era bastante acertada, tuve miedo de que se disparara a los pies. Sus movimientos eran anárquicos y circulares. Bastaba un soplo de viento para que el brazo que sujetaba la pistola se moviera hacia otra parte y causara algún destrozo. El ataque de locura momentánea le duró unos minutos. No hubo heridos, estábamos intactos. A mamá se le acabaron tan pronto las balas como las fuerzas. Luego tiró la pistola al suelo ametrallado, que —según Percival— estaba lleno de granos.

Shark se fue corriendo. En cuanto pudo. Desapareció en la nada desértica que le ofrecía aquel descampado. No se atrevió ni a recoger su maleta. Se marchó con la respiración contenida y el estómago vacío. Solamente su camiseta de tiburones brillaba a lo lejos, a modo de despedida, como una bandera inolvidable.

La llamada

Ayudamos a Percival a caminar entre mamá y yo: un paso tras otro, un paso tras otro, a través de la arena y la oscura simetría del paisaje. Lo hacíamos a tientas, mientras le explicábamos que este suelo es así: resbaladizo, se agrieta con facilidad. Un suelo que, a la mínima que llueve, comienza a llenarse de baches.

Y le acompañábamos y le estimulábamos, con esa dulzura violenta —inexplicable desesperación— de los que van hacia delante.

No pasó mucho tiempo, ni tampoco había comenzado a llover, cuando sonó el primer timbrazo de la noche. Era el teléfono de mamá. Y la voz casi inaudible, pero terriblemente familiar, de tía Delmi.

Nos anunciaba que en veinte minutos nos vendría a buscar.

Le advertimos que el descampado no tenía nada de especial. Que no teníamos referencias, ni coordenadas, ni una sola descripción del sitio. Que estábamos desaparecidos y camuflados en la negrura de la noche. Pero insistió en que no nos moviéramos de allí, que esos lugares inhabitados se encuentran enseguida.

Apuntes desde la bóveda celeste

Para Eloy

1

Cada día, hacia las tres de la tarde, mi jefe me traía una magdalena prefabricada y la dejaba encima de mi mesa. La magdalena se tambaleaba aerodinámicamente, con todo el azúcar pegado. El señor Rebollo nunca ha querido que pase hambre. El hambre es una necesidad de tercera clase, impersonal, solía decirme. Por eso, me ofrecía una magdalena solitaria, que se volvía indisoluble en mi estómago.

Los días pasaban. Las magdalenas resistían, fervorosas, ante su fugaz destino: del bolsillo de mi jefe a mi mesa. Menos ayer. Porque justo ayer, entre resoluciones administrativas, el señor Rebollo me llamó para que fuera a su despacho, y en vez de una magdalena me ofreció un bombón de esos que llevan dentro un licor muy fuerte. Yo me lo comí, empezando por los extremos, mientras él hablaba de mi situación laboral y de lo mucho que sentía que ya no formara parte de la plantilla. Son cosas que pasan. Sobre todo en el año 2016 a las 15.43 horas. Los bombones tienen algo de disculpa anticipada: el cacao sube el ánimo y su aroma nos transporta, de inmediato, a la infancia. Además, no se puede hablar mucho cuando se mastica un bombón.

Nos quedamos desconcertados. Pasaron unos segundos. Los dos teníamos un bolígrafo en la mano. (¿Firmas tú, firmo yo, firmamos ambos?)

Me levanté, después de garabatear mi nombre en un papel: BERENICE, y lo manché, a propósito, de chocolate. Un pegote de chocolate es un accidente muy normal. Les ocurre a las mejores amas de casa, a los embalsamadores de cuerpos, a los sonámbulos de nacimiento. Suele pasar cuando se juntan los bombones y los despidos. Resulta que todo se vuelve antiestético. Los sudores fríos. La garganta inflamada. La rodilla espasmódica. Lo último que hice fue estrecharle la mano al señor Rebollo. Con plenitud.

Para alguien como yo, que ha estudiado un máster en Filosofía Contemporánea, un curso homologado en Filosofía Analítica, un taller de Filosofía Política, una asignatura troncal de Filosofía del Derecho y otra obligatoria de Filosofía Histórica, una optativa de Filosofía Antigua, un módulo en Filosofía Emocional y Psicológica, una especialización en Filosofía Humanista, sendos doctorados en Filosofía del Lenguaje y Filosofía Oriental y Filosofía Científica y ha asistido recientemente a un seminario sobre Filosofía Antropomórfica y a un simposio sobre Filosofía Renacentista, es difícil encontrar trabajo. He ido con mi titulación a todas partes. Mi currículum lo llevo en una bolsa del supermercado, junto a las legumbres en conserva. No sé por qué ha acabado allí, cómo ha sido el proceso.

Pero no todo son malas noticias. Hoy he recibido una llamada de una empresa aeroespacial. He sido elegida, entre muchos aspirantes, para recolectar objetos no identificados que vuelan por el espacio. Ése es el propósito de mi viaje. Tengo que hacer un curso intensivo para acostumbrarme al traje de astronauta y a la fuerza de la gravedad. Si acepto, residiré seis meses en un satélite llamado *Pergamino*. Por allí vuelan artefactos orgánicos y restos de basura interestelar, eso me han explicado.

Tu misión es: flotar.

Y tu principal objetivo: capturar elementos volantes.

Pergamino es un peñasco del tamaño de la isla de Formentera. Una Formentera flotante. ¿Sabes de lo que estamos hablando? ¿Lo visualizas en un mapa? Yo les he contestado que sí, sin saber muy bien por qué. A veces, casi siempre, digo que sí. Y luego cuelgo el teléfono.

Cuando he llegado a casa, le he explicado a mi madre lo sucedido:

—Al fin y al cabo, es otro trabajo temporal. Bien pagado, pero sigue siendo un empleo precario.

Mi madre no es una persona optimista. Ella teme a las palabras puntiagudas. Y a las otras palabras, le suenan a trino desafinado. ¿Te han llegado rumores de una oleada de fiebre amarilla? ¿De un naufragio en el área de Detroit? A pesar de su preocupación, mi madre me ha convencido. Hay un motivo fundamental para irme de la Tierra. Un motivo romántico. Y es para olvidar a Edgar Ramírez.

Edgar Ramírez es mi exnovio. Estuvimos a punto de casarnos, de tener un hijo o dos, un robot de cocina. Nos mudamos juntos y empezamos a compartir armario, sartenes, facturas, silencios,

amigos, hasta volvernos locos, con un ruido de secador de fondo, y semanas después lo perdimos todo; nuestro patrimonio, nuestra honestidad, a cambio de una cena exclusiva con Jeff Bridges. A él le gustaba Jeff Bridges. Y cuando pienso:

que no me encontraré a Edgar durante estos meses, que no lo veré moverse por la calle, de un lado para el otro, mientras se humedece los labios y cambia de acera y cruza los umbrales de las puertas (ahora la del banco, luego la de la farmacia y después la de la panadería) y se encuentra con alguien y le empieza a hablar, con su voz rotunda pero descafeinada, cómo definirlo, el perfecto matiz —ni voz de hombre ni tampoco de niño—, el punto justo, que no lo hace ser ni viejo ni joven, tan solo un misterio. Un misterio que desfila en movimiento, que vive y se atraganta, que vuelve y se encuentra y se desvanece (también) y se pierde y tose un poco (discreto) y se mete las manos en los bolsillos (¿qué estará buscando?) de la chaqueta roja para que yo empiece a fantasear (el deseo existe, desde tan lejos). Y saca su teléfono y no me llama a mí, porque ya no me llama nunca. Una lástima, pues antes me llamaba y yo le contaba (qué aburrida) las cosas que me pasaban con el señor Rebollo. Lo mismo de siempre. Que si el señor Rebollo me miraba raro, que si la magdalena del señor Rebollo me sabía a betún, a magma azulado, a azufre gaseoso, que estaba contando los minutos para volver a casa y encerrarme con mi colección de nudos marineros (ya tengo nueve combinaciones diferentes). Mi preferido es el nudo del ahorcado, pero no suelo confesarlo en público porque la gente se asusta mucho cuando lo digo. Así que no comento nada, que es lo más sensato, y sigo absorta con mi colección y compro las cuerdas en la tienda de un pescador que se llama Eustaquio, que me las vende, en ocasiones, a mitad de precio.

Lo que pasó con Edgar fue que me dejó por otra mujer. Así de fácil. Liliana Casanueva, se llama. Una mujer exótica, con los labios gordos y el pelo negrísimo, por debajo de la cintura (a veces se le atascaba la melena con la hebilla del cinturón, qué incómodo) y unos ojos verdes deslumbrantes, que eran el resultado de una mezcla de nacionalidades: europea y africana, me parece, un erotismo apoteósico. Se dedica a estudiar a los gorilas. Le habían dado tres becas y había tenido que rechazar una porque no podía hacer frente a tantos proyectos. Y una condecoración. En definitiva, una experta en simios. Una visionaria, una mujer indómita que se comunica —me aseguró Edgar— magníficamente con los orangutanes. Estar con ella —se justificaba mi exnovio— era como volver a los orígenes, a lo primitivo, a nuestra naturaleza elemental,

al punto cero de la vida humana.

2

Llevo un mes haciendo el curso de astronauta. Me encierran en una cámara insonorizada, gravedad cero, y yo tengo que impulsarme de aquí para allá. Hacer piruetas. Jugar con una pelota de plomo. Nadar en el aire. Alimentarme a base de píldoras insípidas. Bailar. Desplazarme de una ventana a la otra. Remar con los brazos; volverme etérea, vaporosa, sutil. ¿Sabéis la ligereza de las pompas de jabón? Pues eso.

Cuando lo haya conseguido, cuando esté en perfecta forma, me enviarán al satélite *Pergamino*, pero hasta el momento tengo que practicar más. Lo cierto es que me siento ansiosa por despegar. Deseo que me manden al lugar más recóndito del universo. Las estrellas y yo. Un territorio donde no me pueda reconocer a mí misma, hasta volverme monstruosa, sin depilar, sin ropa, con ochenta kilos de peso y un enorme grano en la barbilla. No quiero ver a nadie, no quiero comunicarme, quiero ser una extraña en un lugar extraño. Y sobre todo quiero estar lejos, desesperadamente lejos, de Edgar Ramírez.

Hoy lo he visto, en la víspera de mi viaje. Estaba en una de las avenidas principales. Iban los dos juntos, Liliana Casanueva y él. Han adoptado a un perro al que llaman Chuski. Han entrado en una clínica veterinaria a comprarle un collar. Un collar para el perro Chuski, para que no se pierda, con la dirección de su hogar (me pregunto si vivirán juntos, tan pronto). Hace apenas dos meses que lo dejamos nosotros, qué impaciencia, qué talento para el olvido. Por un momento no he sabido si acercarme. Mi propósito era mirar el collar del perro y memorizar la dirección: ¿dónde vive esa pareja, en qué casa se automedica, se corta las uñas y calma los ladridos de Chuski con golosinas perrunas?

Me apetecía contarles que estaba predestinada para algo. Para una misión importante. Mis investigaciones pueden cambiar el curso de la humanidad. La chatarra aeronáutica en la que viajaré hará historia. Tiene aspecto de cohete y funciona a propulsión. Tengo que recolectar sujetos móviles, mis estudios cosmológicos serán publicados en una editorial científica, mi habilidad marciana se verá recompensada. No sé por qué pensé que mi aventura les podría asombrar. A los dos. Al pobre Chuski, también. Pero no lo hice. Finalmente, no me acerqué a ellos. En realidad, me habían

elegido por ser la universitaria con más formación y menos futuro del país. Ésa es mi medalla, mi fracaso, mi rareza y mi desorden, contundente como un pellizco eterno: un expediente impecable, aunque lleno de filosofía, pensamiento, teorías ambiguas y cosas, al fin y al cabo, que no sirven para nada. Ni para resoplar en los momentos malos. En clase me llamaban «la existencialista». Te has condenado a ti misma, me avisaban, mientras estudiaba. Una filósofa especializada, ¿qué pretendes hacer con eso? ¿Un avioncito de papel? ¿Una ponencia sobre el suicidio? ¿Domesticar a un pavo?

Nunca les contesté nada. Continué estudiando. Me escudé con tapones para los oídos, gafas oscuras, gorras de visera, flequillos extralargos. Mis matrículas de honor eran tan tediosas como sus fiestas de fin de semana. Y entre una cosa y la otra, siempre preferí las matrículas. Me subían la autoestima más que cinco cubatas. Hasta que conocí a Edgar Ramírez y dejé de estudiar. Y empecé a *amar*, que se parece mucho al verbo *estudiar*, pues, de igual forma, *se estudia* a la otra persona. Se *analiza*. La pones en relación con tu imaginario y con la vida real y la abandonas y no te presentas cuando no quieres verla y la odias cuando ya no puedes más. Y acabas por querer buscar el *aprobado* de la otra persona. Simplemente: mantenerla ahí y, de vez en cuando, realizar un esfuerzo mayor, un mérito por si acaso, que consiste en tirar de un hilo frágil, compuesto por cenizas blancas, hasta donde alcance, de forma penosa, bastante patética, dando tumbos y emulando a Bonnie & Clyde.

Voy mejorando mucho como astronauta. Me han felicitado. Hacía siglos que no me felicitaba nadie y me he tenido que ausentar e ir al servicio a secarme los ojos mojados. Cuando eres una estudiante prolífica, nadie te dice nada. Te dejan que avances y continúes batiendo récords y yo maldigo que la soledad sea el éxito, que esas dos palabras estén cada día más juntas y que un día, dentro de cien años, sean sinónimas y pertenezcan al mismo campo semántico, se junten sus morfemas, sus lexemas y estén tan emparentadas que acaben formando una palabra compuesta: *soledéxito* o *exisoledad*, y no tengamos escapatoria posible ante una palabra tan larga y cruel. Pero ése es otro tema, ahora me siento tan feliz. Mañana zarpará mi cohete. Estoy familiarizándome con el equipo que hay en el interior de la nave. Una computadora y una red que dirigiré con un mando anatómico para cazar cualquier objeto que me parezca alienígena. Ninguno de los otros aparatos —me han advertido— son de mi incumbencia.

Lo cierto es que no he podido dormir bien esta noche. Me asaltaban los recuerdos. Sabores. Todo lo que he dejado atrás. Me he sentido culpable, durante la madrugada, por no decirle adiós al señor Rebollo. Por mancharle sus documentos. Por no abrazar más fuerte a mi madre. Por no haberle contado a Edgar que me iba de viaje. Que no es como irse a Taiwán. Que me mandan fuera del planeta, y yo creo, sinceramente, que no todos los días ocurre que manden a tu exnovia fuera del planeta. Y pienso que, aunque no hayamos terminado bien, esas cosas se cuentan. O al menos se manda un mensaje, un telegrama, algo electrónico, que comience con las palabras: «Mi querido exnovio: tengo algo que contarte».

En mi maleta no he metido muchas cosas. Es ridícula como un flotador de pato. Llevo conmigo la música de Jeff Bridges, pues el universo me parece melancólico y tendré que dialogar con su esponjosa melancolía. Unas cremas para la piel, la foto de mi madre y mi orla universitaria. Y, curiosamente, he decidido llevarme una de las magdalenas que me regaló el señor Rebollo. Al menos, me regalaba algo. Hay gente a la que despiden y no le regalan nada. La magdalena está caducada, pero da igual. El equipaje que de verdad me importa está dentro de la nave: varios trajes de astronauta, un vibrador de cinco velocidades (resistente al agua), un libro sobre filosofía helenística, pestañas postizas, un sello de caucho y un tablero de ajedrez. Para jugar contra mí misma, supongo. Todos mis objetos son personales. Espero no encontrar ninguna compañía.

3

Hace varios días que despegué y ya me siento muy lejana. Me he ralentizado con el universo. Desde mi posición fronteriza, la Tierra parece un lugar tranquilo. Sin embargo, yo sé que allí, en esa quietud de aguas tibias, están pasando todas las desgracias, miserias, alegrías, injusticias, desamparos y desplantes a la vez. Espero que Edgar Ramírez esté mirando al cielo. O haya mirado al cielo en algún momento. O haya pensado que *debe* mirar el cielo, por solidaridad, humanitarismo, o lo que sea.

En mi nave (no tiene nombre, aunque supongo que se llama *Sputnik*, como todas las naves) no funcionan la mayoría de los mandos. He intentado comunicarme con los terrestres y solo he podido hacerlo durante media hora, con interferencias. Sospecho que me tienen medio abandonada, aunque ¿cuándo no he estado yo medio abandonada? «Ser independiente es el privilegio de los

fuertes», decía Nietzsche. En el fondo, no le tengo miedo a esto; a la perpetuidad de lo invisible, a la supremacía de las leyes universales. Se trata de no pensar en ello. En cualquier instante puedo informarles de que me encuentro en peligro y me dirigirán de nuevo a la Tierra. Sí, en cierto modo, no hay nada que temer. Mi equilibrio emocional está intacto. Mis preocupaciones son espacios deshabitados.

Por las noches, me dejo llevar por la calma nebulosa del espacio. Conecto la música de Jeff Bridges y me masturbo durante quince minutos. Pienso en Edgar Ramírez. El único ruido que oigo es el del vibrador, que a veces distorsiona la música. Suena a cortacésped. Me pregunto si seré la primera mujer en masturbarme en el espacio. Si habrá cámaras vigilándome. Si lo estarán retransmitiendo vía satélite en todas las televisiones de la Tierra. Entonces, me emociono el doble. Acelero los movimientos. Pienso en Edgar. ¿Me estarán viendo Liliana Casanueva y él? ¿Abrazados? ¿Perplejos? ¿En su cama de matrimonio? Y me concentro tan solo en el placer incorpóreo que me proporciona la vibración suave, convulsiva, en el espacio sideral. Soy una actriz de cine mudo. Doy volteretas sobre mí misma. Me agarro a una palanca y suspiro. Me deslizo a través del techo de la nave. Me encorvo, me estiro, me vuelvo a encorvar. Trago saliva. Acelero los movimientos. Exhalo vapor de aire. Oxígeno neutro, dióxido limpio, fruición. Hay algo fosforescente en mi pecho. Un reflejo, una caricia casi involuntaria. Estoy desnuda, traslúcida, goteante. Soy una equilibrista etérea. Pienso en Edgar Ramírez por última vez —intento que sea la última— y apago todas las luces de la nave.

En dos meses he capturado: una piedra brillante. Una especie de bulto que se derrite. Una caja negra antigua y chamuscada. Un trozo de anémona; ¿es, acaso, una anémona marina? Un polvo blanco que ojalá me sirviera para drogarme, pero no es así. Es más bien salado. Lo probé, vomité y decidí dejarlo en el compartimento de capturas. Una gran esfera metálica. Un hueso desteñido y afilado (un metacarpo de alguien o de *algo*). Una goma elástica, antiadherente. Un jersey de cuello alto. Una pila usada marca Kodak. Un fragmento de peluche (la oreja de un oso, me parece). Un líquido que fluctúa alrededor de la nave, sobre todo los domingos. Lo guardo en una cápsula de titanio para concentrados. Ya tengo más de diez *elementos* en mi poder. Cuando tuviera más de diez, los terrestres me exigieron que contactara con ellos.

Así que eso he hecho: he contactado con ellos. Creo que están

celebrando la Navidad. Comen mantecados. Uvas. Se atragantan. Están nerviosos.

Llevan un collar de espumillón.

Les he recitado toda mi lista; los elementos que he ido encontrando alrededor del satélite *Pergamino*.

Ellos, los terrestres, se han disculpado por tenerme tan abandonada. Si supieras el poco presupuesto del que disponemos —me han explicado—. Hemos tenido que despedir al 40 por ciento de nuestro equipo. A controladores, investigadores, ingenieros, astrónomos. Ya solo quedamos cuatro. Intentamos no pensar en el futuro que nos espera. Se aproxima una nueva etapa, un cataclismo. Las investigaciones espaciales están de luto. Pero tú continúa allí, en *Pergamino*. Sigue recolectando objetos imprescindibles que nos servirán de guía. Estás haciendo un trabajo encomiable.

4

El cielo que habito es cada día más espeso. Sus corrientes de aire me marean. Aunque ya no sé si llamar «cielo» (¿cielo espléndido?) a esto, que me absorbe cada vez más. Me está engullendo. ¿Hacia dónde voy? ¿Qué es eso a lo que llaman «satélite»? Últimamente me dedico a mirar por la ventana. Es algo que ya hacía en la Tierra. Mirar mucho por la ventana: el ritmo de sus caminantes, el derrame de sus vidas, la locura moderna.

Ahora tengo alucinaciones. Y algunos calambres. Veo a Edgar Ramírez cuando miro por la ventana. Se desliza entre humaredas cálidas. Cuando le saludo con la mano, se esconde. Hay veces en que Edgar Ramírez intenta entrar en mi nave. Se quiere colar. Pero no se lo permito. Me ha hecho mucho daño. Me dejó por esa mujer exótica, superdotada, en el mejor momento de nuestras vidas. Éramos una pareja estupenda. Él trabajaba por las mañanas y yo por las tardes. Yo preparaba la comida y él la cena. Él fregaba los platos, yo ponía la lavadora. Él compraba el pan y yo la leche. Él leía a Kant y yo a Sartre. Nuestros amigos nos envidiaban, exclamaban: ¡no podéis ser mejores!

Durante aquella época, le iba a pedir matrimonio en una colina arbolada de Oklahoma, ésa es la verdad. Lo preparé todo con esmero. Había comprado dos billetes de avión. Me acuerdo bien de cómo él rompió los billetes y los tiró al suelo, de cómo yo intenté recomponerlos, arrodillada sobre baldosas gélidas, enrojecida, milímetro a milímetro —la esperanza de nuestro viaje, la

posibilidad de una boda—, pero no había manera de restaurar los billetes. Imposible levantar el vuelo. Nos habíamos convertido en un rompecabezas desolador. Tuve que insultarle. Falté dos días al trabajo. Me detectaron insomnio, ansiedad, otitis. Me salió un orzuelo. Se me infectó una muela. Y un ganglio. Empecé a cojear. Me operaron de anginas y tiroides. Recuerdo hasta el más mínimo detalle (qué dolorosos los detalles; y las canciones). Cuando recuerdo tan minuciosamente aquella escena, cierro los ojos y todos los compartimientos de la nave. Aquí nadie puede entrar.

En cuatro meses he capturado: una sanguijuela, una pata de jamón, varias plumas de pájaro —intuyo que son de avestruz—, una ventosa, una tuerca hexagonal, una peluca albina (¿pertenecerá a Luis XVI?), las púas de un cactus, una bombilla fundida, una máscara de gas y un chicle de mora, aplastado.

Cada vez me cuesta más contactar con los terrestres. Ya ni siquiera me responden. Es como si estuvieran en huelga. Amotinados. Deprimidos. ¿Se han desentendido de mi viaje? Los fallos técnicos son constantes —de eso me habían avisado—, pero mi sistema de alarma no me advierte de ningún error. Estoy empezando a investigar el resto de los aparatos, a toquetear pantallas que, en un primer momento, no formaban parte de mi trabajo.

Cuando me acerco a la ventana de la nave, veo el satélite *Pergamino*. Es de color mostaza, diminuto. No deja de supurar. Parece de papel cebolla. En mi cuaderno de apuntes lo he descrito como un satélite infernal. Creo que son las radiaciones del satélite lo que me provoca esas visiones, las náuseas, el reflujo estomacal. Debería apartarme de esa cosa contaminante.

Si existe un infierno, también está en el cielo. Y huele a naftalina.

He puesto mi nave rumbo a la Tierra. Un aterrizaje teledirigido. Se ha acabado mi aventura. Estos son mis apuntes. El amor se incrementa en el espacio como una burbuja atómica. El olvido es una farsa. En vez de ver a un único Edgar, he visto a sus clones. Me gustaban todos. Me sonreían por turnos. Me agasajaban, a veces. El espacio multiplica a las personas, las convierte en monstruos espirituales. El satélite *Pergamino* es un fósil inhabitado. La música de Jeff Bridges suena mejor en el espacio que en la Tierra. Su voz es desgarrada, más severa y folclórica. Regreso igual que me fui, con rostro de semidiosa estelar. No me he convertido en un ser monstruoso, aunque me siento pesada y débil, como un hipopótamo

enfermizo. Me estremezco al pensar en mi madre; sus andanzas en la Tierra, sus gélidas respuestas: Mi hija está en el espacio, con los extraterrestres. Es un trabajo que le ha salido, ha tenido mucha suerte.

Imagino que me estarán esperando, aunque llegaré mañana, de forma precipitada y a toda velocidad. En seis meses solo he pensado en Edgar Ramírez. En primer lugar, saludaré al señor Rebollo y le enseñaré la magdalena podrida que me ha acompañado durante estos meses. La bollería industrial nos mantiene felices y aletargados. Y luego le daré la mano a las autoridades, a los reyes, a los ministros, a los condes, a los presidentes, a los militares, a los duques y sobre todo a las condesas.

Escribiré un libro acerca del pensamiento contemporáneo. Empezará con una cita de Epicuro y luego continuaré hablando de Hume o de Spinoza, no lo tengo claro.

Esta última noche, además de ver a Edgar deslizándose por el espacio, he vislumbrado a mi madre preparando un zumo de naranja. Puede que sea un sueño. O un recuerdo. Los sueños son recuerdos artísticos. El cerebro se tambalea y qué bien funcionan sus hemisferios. En mis visiones, mi madre me preparaba una bebida energética, con las manos ardientes de amor, estrujando con diligencia las naranjas; todas esas vitaminas para el cuerpo deshidratado de su hija. Que todavía soy joven. Que no merezco estar así. Que me han engañado. Que soy bastante torpe. Que necesito un psicólogo, que ella bien lo sabía y nadie de la familia le daba la razón. Ni siquiera el tío Tomás, que siempre dice la verdad cuando bebe. Pero ella lo sabía. Desde los diez años. Se arrepiente. Le duele recordarlo. Y le atormenta un poco. A esa edad, ¿sabes lo que hacías? Caminabas sola por los bosques, te alimentabas de hierbas y muchos frutos secos. Una vez te comiste una seta venenosa y te salvamos de milagro. Creí que tras ese incidente cambiarías, pero no fue así. Fuiste a peor. Volvías a casa sin hambre. Hablabas solo de fenomenología del carácter, de hermenéutica de la facticidad, de teorías sobre los campos magnéticos. Intentabas hacer algún amigo, pero todos acababan siendo filósofos muertos, cada vez más complicados. Para una madre no es fácil educar a una niña así, ¿lo comprendes? A los doce años te obsesionaste, ¿cómo se llama ese? Kierkegaard, te obsesionaste con Kierkegaard y sus discursos edificantes. Nunca tuviste una melena bonita, y eso que tu pelo era brillante y elástico como un catarata de Iguazú. Yo me esforzaba y te peinaba todas las

mañanas con un peine empapado en colonia. Pero tú siempre llevabas la coleta mojada. Masticabas las puntas de tu propio pelo. Y nunca supe quitarte la costumbre.

El nadador del Hotel Minerva

1

Yo quería ser como él. Nadar eternamente como él. Sumergirme tantos minutos como fuera posible debajo del agua. Respirar hondo y llenar mis pulmones como los llenaba él. Mantenerme sin respiración días, años y siglos, hasta el fin del mundo. Sentir el estallido de los bosques, de los desiertos y volver a asomar la cabeza, minutos más tarde, para contemplar un eclipse prehistórico de sol, la fuerza glacial de un mamut o la vida convaleciente de una armadura de hierro.

Un castillo reducido a escombros.

¿Qué hacer cuando un nadador ciego ocupa casi toda tu infancia? ¿Dónde quedaron las escuelas de infinitas aulas?

Es martes y sábado. Vuelve a ser martes y sábado a la vez. Tengo calor y frío y ya lo aviso: estoy a punto de desfallecer alrededor de este suelo heliocéntrico. Pero antes de hacerlo, con la vista medio nublada, me acerco y lo veo. Y ya no puedo distinguir nada más, entre el cielo y la tierra, que un ciego nadando, de un lado hacia el otro, en el interior de una piscina olvidada.

2

En aquella época yo tenía trece años. Al fondo, había un gran letrero iluminado, donde una docena de mayúsculas centelleaban un solo nombre: Hotel Minerva.

Pensándolo bien, creo que éramos los únicos que frecuentábamos esa piscina, pues nunca me pareció ver a nadie más que a aquel ciego, dando vueltas alrededor del mismo agujero inundado.

Él estaba dentro y yo lo observaba desde fuera, con los pies cansados, las manos llenas de césped y de migas de pan y todo lo que me sirviera para entretenerme durante el paso de los días. Aunque la trayectoria de aquel ciego era siempre la misma: nadaba

en círculos iguales, se resumía en pequeñas órbitas concéntricas.

A veces aguantaba hasta tres minutos bajo el agua.

Era tanto el tiempo libre, tan inmenso y azul el verano, que maté cientos de avispas, me quemé la piel de los brazos y las plantas de los pies. También, mis padres se separaron en pleno mes de agosto. Llenos de calor y de fiebre, firmaron los papeles del divorcio bajo una sombrilla abrasada por el sol.

Los papeles se derretían, sus firmas se agolpaban entre luces y sombras, ocupaban todo el espacio, se escurría la tinta, nuestros apellidos se evaporaban. Recuerdo el temblor de sus párpados leyendo el punto número diez del contrato que explicaba, con mucho detalle, la custodia de los hijos:

—Supongo que estaréis de acuerdo cuando llegue el día del juicio. No quiero sorpresas inesperadas.

Entonces, uno de los abogados sufrió una insolación y el juicio se retrasó seis semanas.

3

Hay algo subterráneo en las bañeras, en el fondo del mar y en las piscinas olvidadas que ralentiza el tiempo, lo detiene con mucho cuidado, con silenciosa calma, lo ahoga por unos instantes. Yo quería comprobarlo y seguir el ejemplo de aquel ciego, que, pasara lo que pasase, conseguía mantenerse a flote.

¿Qué es lo que hace que alguien, por motivos inesperados, no quiera salir nunca de una piscina? Las vértebras se encogen, los oídos actúan como desagües rotos, el frío acuchilla la piel. Él sabía que tras cada brazada, tras cada inmersión, podía avecinarse cualquier escena dramática. Quizá no fuera ciego y solo abriera los ojos dentro del agua para llenarse las pupilas de una luz vidriosa, submarina.

4

Las peores tragedias suceden en habitaciones de hotel: infidelidades después de una aburrida cena de empresa, embarazos de gemelos, catastróficas lunas de miel, accidentes domésticos con un nudo de corbata, con un taladro o con un bate de béisbol, suicidios en el interior de un armario. Quizá solo por eso los hoteles estén de paso. Quizá tan solo por eso se paguen habitaciones por número de

noches: una noche, dos noches, ciento veinticinco noches como las pagamos nosotros, según calculamos la magnitud de nuestra tragedia: ciento veinticinco noches.

Cada persona necesita unos días de locura, de escape, por lo menos uno en su vida. Nosotros necesitamos ciento veinticinco noches.

Estaba casi segura de que aquel ciego no disponía de habitación propia. O que tenía una habitación privada, pero no la utilizaba nunca. ¿Dónde estaban sus llaves? ¿En qué oscuro cobertizo?

A raíz de ello, entendí que hay personas que no tienen habitación, pero a cambio, como recompensa, tienen una piscina. Y que las que tienen una piscina seguramente no necesiten habitación para vivir. Esas fueron mis conclusiones. Y después de pensarlo, entre una cosa y la otra, yo prefería para mí una piscina gigante, descomunal, desorbitada, sin límites ni barreras: sin nubes, ni sol, ni bañistas, ni toallas multicolores, tan solo agua y agua, litros de agua, océanos de agua donde poder esconderme. Prefería aquello, más que una habitación polvorienta y seca, con sus cuatro reflejos de sol desmayados en el suelo.

5

Si no fue por el clima —tampoco por la diversión—, quizá fueran las circunstancias las que provocaron que, por primera vez y en tanto tiempo, en el Hotel Minerva pasara algo insólito: allí nació mi hermano. Donde no nacía nunca el pétalo de una flor, ni el perfil de un trébol, ni una rosa simbólica, ni tan siquiera un cardo comestible, por más que regaran, compraran abono, pesticidas, fertilizantes, nació un niño. Fue un hecho científicamente comprobado. Lo apuntaron en el libro de visitas. Nadie podía creer que allí naciera un niño. Que alguien le haga una foto a ese niño. Habitación número veintiséis, primer pasillo a la izquierda, queda terminantemente prohibido el uso del flash.

Mi hermano era un ser pequeñísimo que a veces rodaba en brazos de mi madre, otras veces en brazos de mi padre y en ocasiones rodaba solo, a la deriva, entre llantos, gritos y peleas. Tantas cosas juntas en el transcurso de un verano. Quizá la vida entera pueda resumirse en lo que dura un verano de cuarenta grados o en lo que dura un invierno de menos cinco grados. Jamás he sentido la temperatura media en mi cuerpo, el equilibrio ideal

del termómetro.

Con todo lo que estaba pasando y durante los últimos días de sol, algunas tardes intentaba (sin hacer mucho ruido, para no distraer la trayectoria de mi compañero) entrar en la piscina, chapotear y notar mi cuerpo resbaladizo sobre el agua. Deseaba ser una muñeca flotante. Pero tuve la impresión, un fugacísimo pálpito interior, de que si me metía allí dentro jamás lograría salir de ese agujero insonorizado. Me imaginaba levitando, por encima de aquellas baldosas, como una submarinista diminuta, aguantando la respiración hasta el éxtasis, solo para no ver, para no oír nada. Únicamente quería alejarme unos minutos del estruendo, de un hermano pequeño que aún no tenía nombre y de unos papeles que estaban a punto de arder en llamas: tanto párrafo subrayado para nada.

Mientras tanto, al otro lado del Hotel Minerva, un hombre ciego nadando en sueños.

6

Las piscinas, por lo general, tienen al menos una escalerilla, tumbonas, hamacas, un trampolín, a veces un tobogán, muchas familias nadando a la vez y un cuidador o socorrista que, con una especie de enorme cazamariposas, se queda cuando los nadadores ya nos hemos ido y el agua descansa y se suaviza tras su agitación diaria. En aquella piscina no había nada de aquello, salvo el gran cazamariposas. Ni una escalera por la que aquel ciego pudiera subir, rescatarse a sí mismo.

Ni un solo lugar por el que poder escaparse.

El otoño llegaba con mucho retraso o apenas llegaba (ahora hay estaciones del año que nunca llegan: se distorsionan, se disuelven, transmutan y mueren), pero casi todos los huéspedes del hotel ya teníamos la cabeza llena de hojas secas que nos sacudíamos con las manos. Empezábamos a sentir el hemiciclo del frío y el debate se establecía sobre un único y fulgurante tema: si cambiaba el paisaje porque cambiaban los árboles, o era más bien al contrario; en realidad cambiaban los árboles en armonía con el paisaje.

Qué haces arrastrando la bufanda. Esa no es forma de caminar de una señorita. Abrígate, no ves que va a llover.

El hotel iba a cerrar y tenía que realizar sus habituales y sucios vertidos: deshacerse de todos los líquidos, de las pelusas de las

habitaciones, del humo de los pasillos, de las cortinas desteñidas, del óxido en las ventanas, de las bombillas rotas, de cientos de moscas muertas dentro de una papelera, de un juego de sábanas bastante indefinible, de tres extintores caducados y del esmoquin de alguien verdaderamente importante y muy delgado.

7

Lo cierto es que nunca pensé que todos aquellos desechos, todos esos restos de comida, los litros de agua estancada en las tuberías, las cuchillas de afeitar, las espirales del café, fueran a parar al interior de aquel círculo esférico, sagrado, donde un ciego naufragaba y volvía a renacer, sin tregua, por la noche y durante el día, sin descanso. Aquel lugar era demasiado misterioso, desconocido y paradisíaco, a las afueras de todas las ciudades del mundo, del tráfico, de los aparcamientos y de los pasos peatonales.

Sin embargo, un mediodía de septiembre, la piscina empezó a contaminarse con todas las sobras y desperdicios del hotel. Y lo hizo de golpe. Una decena de pájaros muertos asomaron el pico al nivel del agua y junto a ellos también aparecieron una gran cantidad de gusanos, chicles, líquenes, huesos y mosquitos del tamaño de una piedra. En los bordes de la piscina se concentraban aceites violáceos, amarillentos y verdes, como de laboratorio, que teñían la claridad del agua. Y al fondo, muy al fondo, burbujeaban los trozos aislados de un maniquí o algo parecido a un abdomen.

Mis padres acababan de regresar del juicio (que había resultado un éxito, los papeles no se habían incendiado) con mi hermano: ese recién nacido escandaloso y todavía anónimo que iba como siempre lloriqueando en brazos de no sé quién (¿ese señor era realmente mi padre?) que anunciaba que nos íbamos de este hotel, *maldito Hotel Minerva*.

El juez había dictado sentencia. Se había pedido un informe al Ministerio Fiscal. Disponíamos de veinte días para interponer un recurso. Derecho a la intimidad, a la confidencialidad, derecho a permanecer en silencio una vez ratificado el auto, derecho a pronunciarse en presencia del tribunal y encima de la mesa, una botella de agua de mineralización muy débil que emitió un último crujido plastificado. ¿Tienen algo más que añadir?

Nos íbamos a comprar una casa. Nos íbamos a vivir con mamá. Nos íbamos a una más luminosa porque hacía falta luz, lo que en realidad hacía falta era más luz. (¿Esa señora que hablaba era

realmente mi madre?)

Abonarán los cónyuges por mitad todos los gastos extraordinarios. Se establece un convenio con unos requisitos mínimos que vendrán regulados según dispone el artículo del Código Civil.

Hay alguien que tose. Hay alguien que muerde un boli. Hay alguien que se enamora. Pueden abandonar la sala, el juez ha dictado sentencia. Hasta pronto.

Fin de la sesión.

Me froté los ojos con las manos y por un momento anocheció y por un momento me pareció ver luciérnagas que volaban en dirección a un pequeño arbusto, que se dejaba ver, desinflado, en un rincón del bosque, donde nevaba tanto y tan despacio, que dolía quedarse quieta, viendo caer la nieve por un tiempo superior a cinco minutos.

8

Por eso lo hice: cogí el cazamariposas y quise atrapar al ciego, sacarlo de allí. Lo hice con extrema precaución, a medianoche. Reuní todas las fuerzas posibles para poder mantener el equilibrio, pero el cazamariposas pesaba demasiado y el ciego, entre los ruidos y el oleaje del agua, distraído en su trayectoria, acabó nadando de un modo tan ridículo y desacompasado que a mí me empezó a dar pena esa forma suya, casi inhumana, de agitar los brazos. Esa manera silenciosa de pedir ayuda, de buscar auxilio, sin utilizar ninguna palabra, manteniéndose siempre en su elegante y frágil supervivencia.

Recuerdo aquel momento: un ciego nadando entre la basura de un hotel.

Y recuerdo mi primera reacción y todo lo que vino después: el ruido seco y duro del cazamariposas, cayendo a cámara lenta ante mis pies. No llegó a caerme encima porque mis pies ya estaban corriendo, a cámara rápida, mientras me quitaba la bufanda que arrastraba, enredada, desde el cuello. Recuerdo los baldosines celestes, el césped cargado de la humedad sonámbula de la noche y la luz de una pequeña, casi inexistente luna, demasiado pálida y menguante. Demasiado complicada para todo lo que yo quería hacer durante aquella noche.

La luz se escondía cada vez más entre las nubes.

9

Me adentré con temor en la piscina. El agua me llegaba hasta la cintura y estaba pegajosa y verde. Era como si algo muy viscoso me agarrase desde abajo. Como meterse en un pantano lleno de pulpos. No sé por qué me sentí así, rodeada de sanguijuelas, ranas y sapos, cuando aquella había sido una piscina limpia, transparente, en la que un ciego nadaba con total libertad de movimientos sin que nadie se interpusiera nunca.

A pesar de las dificultades que supone nadar en un vertedero acuático, lo hice. Comencé a mover los brazos, apartando a cada centímetro latas de conservas, bolsas de plástico y cigarrillos. Un paisaje que, visto desde lejos, podría parecer el baile hipnótico, trastornado, de un par de medusas blancas.

Y luego quise bucear entre toda aquella basura. Ser como él. Nadar eternamente como él. Y me sumergí con el único motor que tenía: un cuerpo todavía en crecimiento, de constitución flexible y blanda.

Pero antes de todo aquello, cogí mucho aire: todo el que pudiera caber dentro de mí. Lo más importante es la respiración, todo el mundo lo sabe: inspirar, espirar, respirar.

El aire se captura, se pierde y de nuevo se vuelve a capturar. Los individuos nos intercambiamos el aire por las aceras, y sin embargo evitamos mirarnos de frente. ¿Cuánto tiempo hace que no recuerdo el temblor de una pupila? ¿Las pupilas tiemblan?

Aquel día, el nadador ciego y yo intercambiamos el oxígeno entero que flotaba en el lugar. Las corrientes marinas del Hotel Minerva. Aquello era un campo de burbujas, de átomos y moléculas nucleares para dos nadadores: dos sombras que se ahogaban juntas entre los restos de una manzana y las patas agrietadas de una mesa.

10

Desde entonces, todo ese aire que cogí en esos cincuenta o sesenta segundos lo llevo aún muy dentro de mí, escondido en algún lugar de mi cuerpo, más allá de los pulmones, más allá del pecho. Porque todavía lo siento moverse muy fuerte entre mis costillas y elevarse hacia mi garganta, como una muchedumbre o una máquina destructora. O incluso peor: lo oigo resonar como una taquicardia. Y

a veces el aire me envuelve en pausa y en silencio. Y otras veces entrecortado. Y otras se paraliza, como una estela puntiaguda en la boca del estómago.

La verdad es que en esos cincuenta o sesenta segundos, respiré los huracanes, las brisas, los vendavales. El viento de los días cálidos, el viento de los días fríos. Todo el aire del planeta, incluyendo la capa de ozono, el oxígeno y el dióxido.

Los ciclones tropicales, los tornados, los vientos de los mares del Sur.

Y respiré, además, las brisas plateadas del Polo Norte, su espesura, sus lagunas heladas. Y el aire de los desiertos, de los valles, de las montañas. El viento radiactivo de una fábrica de neumáticos. El aliento fúnebre del hombre que trabajaba allí los viernes y las ráfagas lentas del abanico de una señora: su perfume a macedonia caliente.

El caso es que vivir se ha convertido en eso: en pequeños instantes de respiración. En escenas cruciales a través del viento. Es así como grandes bocanadas de aire se alternan, se cruzan, colisionan, con otras respiraciones más débiles; se mezclan, se agotan y enloquecen.

Nadie sabe, tampoco imagina, lo que es coger tanto aire, llenarse el cuerpo de nada. Acabar exhausta, herida de respirar de pie, de respirar sentada, de respirar mañana y el mes que viene y seguir respirando siglos de respiraciones que ya han sido respiradas por egipcios, romanos y fenicios. Esa actividad frenética que no descansa ni en los sueños ni en las pesadillas.

Ni en estado permanente de shock.

Ni en el coma más profundo.

Es, cómo llamarlo, un movimiento arrítmico en el pecho, involuntario, un poco artístico. Empiezo a respirar aires distintos, africanos, portugueses, y acabo respirando veranos, madreselvas, piscinas. Y un día me despierto y respiro un ciego nadando y no sé ya qué hacer, pues no contaba con respirar cosas así de paranormales, de verdad que nunca había contado con ello. Aunque lo que más me sorprende y me cautiva de todo esto es que hay historias que solo sucederán en hoteles, únicamente allí, con piscinas o sin ellas. Quizá por eso, los hoteles solo existan como lo que son: lugares trascendentales de paso, extraños refugios que parpadean, al final de una carretera en Montparnasse, en Costa de Marfil o en São Paulo, frente al edificio Martinelli, con vistas a un río subtropical que fluye y continúa fluyendo, desde San Marino hasta ninguna parte.

El arte incrustado

1. Salomé

Como quien va a misa, todos los días, con su fe inquebrantable y su rosario de la misericordia, yo iba a clases de piano, que no es lo mismo que ir a misa (en ningún caso lo es), con mis partituras, mis bostezos y mi abrigo de tachuelas. No me gustaban mucho las clases, pero había una música de fondo y algo todopoderoso en el ambiente, que provocaba que me sintiera igual que un ángel metafísico y sobrenatural, tocando las teclas de un piano: sobrevolándolas.

Algunas alumnas —todas mujeres— tenían clase los martes y otras los viernes. Se iban alternando. En cambio, yo me tropezaba con las clases de piano día sí y día no. Parecía que mi madre hubiera incrustado todas esas clases de golpe, en mi vida, cuantas más mejor. De hecho, una mañana, a la hora del desayuno (que es cuando se tratan asuntos importantes) lo manifestó de viva voz:

—Tienes que empezar a destacar. Hay que sacar provecho de ti, niña lista.

Me encontré, por lo tanto, con un escalón que daba entrada al arte, pero mal construido, con los bordes hacia fuera y poco redondeados. Pensándolo bien, a algunos artistas debe de pasarles algo similar: un día se levantan y notan que llevan el arte incrustado y que es justo esa palabra —cavernaria—, y no otra, la que puede definir una sensación tan hermética como artística: el arte *incrustado*.

Partiendo de ahí, el arte exige que seas joven (de mente, de espíritu, de alma, de cuerpo), que te entregues, que lo idolatres, que lo manosees, que lo eleves, que lo mastiques, que lo pisotees, que lo lances de allí para acá, como una pelota sueca, de ping-pong o un boomerang de esos, que siempre vuelve, pero que nunca he lanzado y siempre he querido lanzar (¿regresa a las manos del lanzador? ¿Justo a las manos? ¿Alguien tiene experiencia?).

Es todo un misterio lo del boomerang. En otros tiempos, se utilizaba como arma arrojadiza para cazar animales pequeños y

ahora se ha rebajado a la categoría de juguete. Esas cosas pasan. Los objetos también pierden su estatus.

En fin, que lo que quería expresar con todo esto —tantas palabras juntas— es que el arte no está quieto, que se mueve en la vida de muchas personas y que en la mía se movió muy pronto, porque yo me empecé a mover demasiado pronto.

Tenía once años cuando acudí a mi primera clase de piano y me dejé llevar por la sonoridad de las teclas. Era bonito aquello: los sonidos más agudos arriba, los graves más abajo, un pedal que alargaba el final de las canciones, un metrónomo que me resultó divertido, en un principio, porque pensé que le llevaba la contraria al reloj, marcando el ritmo, el que yo le indicaba, que me daba la gana y me apetecía y eso es bonito; claro que es un descubrimiento bonito.

Las clases de piano duraban una hora larga, pero luego tenía que practicar tres horas más en casa. Es una forma —la rigurosidad musical— de ir quitando horas a la infancia, de trasladarlas a la etapa adulta. Como si la etapa adulta no fuera ya un suplicio mortal, con los días contados, repletos de cacharrería y estornudos. Como si no sobraran horas muertas para lavar los platos y volver a lavarlos. Los restos de tomate frito, por ejemplo, son difíciles de fregar, sobre todo cuando se secan, se adhieren y se quedan petrificados. Hay que comprar un estropajo de aluminio o tirar el plato a la basura, directamente.

En las clases de piano yo aprendía rápido. Tenía una profesora búlgara, la señorita Poliana, que llevaba muchos anillos de oro. Toda la mano llena de joyas, anillos y sortijas que chocaban con mis manos, contra las teclas y todo lo que se pusiera por delante. Eran accesorios para presumir. Sus anillos brillaban en la oscuridad. Relucían con gracia. Y solo se los ponía para dar clase. Eso lo noté bastante rápido. Un temblor elitista recorría mi cuerpo cuando sus anillos golpeaban contra mi piel y me rozaban, cuando Poliana me agarraba fuerte de la mano, para advertirme, para señalar: tienes que curvar más los dedos, levanta la muñeca, piensa que tienes un pájaro dormido en el hueco invisible de tu mano, que se puede asfixiar, piénsalo visualmente, imagina un pájaro dormido y siéntelo, no lo presiones. Y me dejaba una marca y me apretaba fuerte la mano. Una marca de oro.

Antes de entrar en clase, me encontraba siempre con Salomé, que era una chica de quince años que tenía verdadera vocación

artística. No como yo, que me había convertido en una niña teledirigida por mi madre, que daba vueltas sobre mí misma y me miraba los dibujos de la falda. Salomé se tomaba las clases en serio. Con interés. Eso se ve en la cara, se vislumbra. La seriedad que cada uno le pone a las cosas se nota enseguida. Hay signos clarividentes: la piel blanca, lechosa. Las ojeras cada vez más grandes. Y los ojos cansados de mirar con atención. Salomé tenía todos esos rasgos marcados en su rostro. Todos. No le faltaba ni uno. Yo solo tenía las cejas demasiado gruesas, lo que era poca cosa, apenas nada.

Salomé y yo éramos amigas. A pesar de nuestras diferencias o gracias a ellas. Ella tenía cuatro años más que yo y a mí me parecía una chica mayor, casi adulta, a ratos una señora. Por primera vez, íbamos a participar en un concierto juntas. Primero iba a tocar ella y luego yo. A pesar de que Salomé se esforzaba mucho, no conseguía sacar suficiente sonoridad al instrumento, y eso que el piano es un instrumento amable en ese sentido: solo hay que sentarse y tocar. Solo hay que presionar con seguridad las teclas. Pero Salomé, por lo que sea, se acobardaba al comenzar las canciones. Le faltaba valor. Su pieza la interpretaba perfecta, sin fallos ni vacilaciones, aprendida y corregida, pero el sonido que salía a través del piano era débil, desgastado y tan marchito que aquella perfección técnica se traslucía en un grito ahogado.

El día anterior a la audición, yo llegué temprano a mi clase, antes de la hora habitual. Llevaba mis partituras rotas en un maletín de plástico y me quedé esperando a que Salomé saliera de clase con Poliana, para entrar yo. Aquel día, la clase de Salomé se alargó más de lo debido. Esperé diez minutos, me impacienté y me asomé a través de la puerta del aula, que estaba entreabierta. Poliana le estaba dando instrucciones a Salomé. Le señalaba:

Tienes que sentarte erguida (y le hizo un gesto), luego respirar hondo, con ánimo (y aspiró el aire), después dar un minúsculo salto en la banqueta (y dio un respingo) y tras todo esto, abalanzarte hacia el piano, con fiereza (y aporreó las teclas).

Lo esencial es el impulso. Recuerda que sin impulso no hay nada.

Poliana le estaba enseñando a Salomé a sentirse viva ante el instrumento.

Quería que le diera expresividad a su arte, quería agitarla.

Para nuestra primera audición, había encargado un piano de cola precioso, un Steinway que iba a alquilar para nuestro concierto. Y eso que en el teatro solo había aforo para cuatrocientas personas. Y que cada una de nuestras sonatas duraban cinco

minutos y medio, nada más. Pero Poliana se esforzaba para que nosotras nos sintiéramos bien y sus anillos brillaban junto a su sonrisa, todo brillaba mucho. Poliana era una farola siempre encendida.

Salomé estaba espléndida aquella tarde. Al salir de clase, sonreía, que es algo que no solía hacer. Presagiaba que al fin había recuperado la confianza, y que al día siguiente iba a ser un gran día, para las dos. *Nuestro* gran día. Y me abrazó —tan alta como era, hasta hacerme empequeñecer, porque me miraba desde arriba y yo le llegaba al pecho, justo al pecho— de forma diferente, cariñosa. Metió sus manos por debajo de mi camiseta, hasta llegar al centro de mi espalda, y empezó a acariciarme en círculos, los omoplatos, los hombros; sus caricias eran limpias, crepitantes, como de hoguera recién encendida, un poco imperfectas, hasta llegar a la nuca, que me pellizcaba con sus dedos y se reía y exclamaba:

—Pero qué pequeña eres. Ni siquiera llevas sujetador.

Y luego, cuando había acabado de acariciarme la espalda, se apretaba todavía más contra mí, acoplándose a mi cuerpo, y respiraba fuerte y metía sus dedos en mis bolsillos vaqueros, los de atrás, buscando algo (aun sabiendo que no iba a encontrar nada), y apretaba con los dedos mis nalgas, que estaban flojas y rebotaban en las palmas de sus manos. Nuestros cuerpos estaban ya mojados, aunque Salomé no se conformaba con eso (demasiado perfeccionista) y humedecía también mi cara, hablándome cada vez más cerca, riéndose sin parar, pendiente de que yo también me riera y de que nadie nos descubriera, porque me decía, con bastante determinación, que aquel era nuestro juego oculto y siempre lo sería, hasta la eternidad.

El día del concierto me arreglé bastante. Me puse un vestido y debajo del vestido un sujetador que me regalaron en mi último cumpleaños, que no era muy sexy ni nada, era más bien deportivo, pero era lo único que tenía en mi armario, aparte de faldas, vaqueros y calcetines. Mis tetas habían crecido un centímetro desde el año anterior, eso calculaba. Las medía con la escuadra del colegio. Por las mañanas utilizaba la escuadra para medir mis tetas y por la tarde dibujaba octaedros, esa era mi rutina diaria. Además del sujetador, me puse una diadema de flores y mis zapatos favoritos, con las hebillas doradas. Poliana nos avisó de que entre el público había músicos internacionales. Habían venido a vernos. Y que nosotras les parecíamos, cada una con su estilo, dos criaturas talentosas. Y muy guapas. Y nos aseguró que si tocábamos bien, con

aplomo, firmeza y sin equivocarnos, si lo hacíamos así, pasaríamos al siguiente nivel.

El siguiente nivel se llamaba «Técnicas y trucos para piano». Y nosotras estábamos todavía en el primero, que se llamaba «Ejercicios para principiantes».

2. Ejercicios para principiantes

En la audición había unas doscientas personas. No se había llenado ni la mitad del teatro, pero el Stenway estaba ahí, glamuroso, y Poliana lo limpiaba con un paño bañado en aguarrás o en limpiacristales. No sé. El caso es que olía fatal. Se había puesto sus anillos para el evento y daba la impresión de que no quería mancharselos. Nuestro concierto iba a comenzar. Estaba todo preparado: los focos flamígeros, las partículas empolvadas de luz, las cortinas rojas que se movían solas. Todo aquello le daba un aire lujoso al escenario, aunque también recordaba un poco a un puticlub.

Salomé y yo estábamos tras las cortinas. Ella tenía que salir primero a tocar una sonata en *do* mayor, que son las más fáciles que hay. Antes de salir y exponerse ante el público, me besó en el cuello. Un beso largo, que me dejó el cuello empapado de saliva y espuma burbujeante. Esa mezcla acuosa chorreó hacia abajo, por mi piel, imitando una cascada artificial, y se filtró a través de mi vestido, dejándome un surco helado en la clavícula. Un beso que yo no disfruté porque estaba mirando a mi alrededor, muy atenta (¿quién anda ahí? ¿Quién tose a lo lejos?).

Justo entonces me di cuenta de que el amor (el sexo, el amor) incluía aliento, fiebre y sangre a todas horas. Que eso era lo diferente, lo esencial: la aceptación de lo sucio, las impurezas de la otra persona, el secreto manchado, la bilis. Había que desearlo, malgastarlo y volver a desearlo. Era como una exhalación vertiginosa, siempre repetitiva, de líquidos humanos. Revolcarse en el sudor ajeno, hasta quedarse sin fuerzas. Y continuar así, hasta el último día, en que ya no se desea nada anatómico del otro, ni siquiera una palabra o un gesto.

Tras una cortina, los besos dan más morbo —me explicaba Salomé—. ¿Sabes lo que es el morbo?

Luego se concentró. Ya no hablaba y era raro verla así, tan juguetona y responsable a la vez. Se apartó un poco de mí, se frotó

las manos (para calentárselas, porque los dedos se le quedaban pegados) y salió al escenario con una sonrisa exultante.

Salomé obedeció a las indicaciones de Poliana, porque a través de las cortinas pude ver su pose recta, inflexible. Parecía que estuviera clavada a una cruz (la música tiene algo evangelizador que no sabría explicar).

A continuación cogió tanto aire que iba a dejar a los espectadores asfixiados. Se lo llevó todo para ella, toda la atmósfera entera. Tras los gestos preparatorios, cerró los ojos y embistió con tanta rabia al piano que se acabó pegando con la cabeza en la caja de resonancia. Y empezó a salir sangre de su cabeza, a presión, como si tuviera un aspersor allí clavado, mortífero. Y dos segundos más tarde, resbaló despacio hacia el teclado, medio inconsciente, y sonó un acorde terrible, catastrófico y espectral, de preludio de Béla Bartók, pero mal interpretado, diabólico, porque sus brazos cayeron derrumbados sobre las teclas más graves del piano y se deformaron un poco. Creo que fue Poliana, o no sé si fue ella, porque yo estaba muy mareada, la que se disculpó ante los oyentes y cerró el telón. El público ya había tenido espectáculo suficiente.

A Salomé se la llevaron enseguida. Vinieron dos hombres con una camilla. No me dejaron decirle hola, ni adiós, ni qué tal, ni te ha dolido, ni estás viva o muerta o paralítica, ni qué voy a hacer sin ti. No me dejaron despedirme.

Poliana empezó a limpiar el piano, que estaba lleno de sangre. Sangre en las teclas. Había que desmontar el artilugio. Reestructurarlo. Desentumecerlo. Y había, también, sangre en los pedales. Y en el suelo. Y el Rh de Salomé era, por basarnos en datos empíricos, cero positivo.

Ante tanta cantidad de sangre, Poliana lo que hizo fue pasar una fregona con un poco de desinfectante. Desde el inicio del concierto, no había hecho más que limpiar. Ella estaba preocupada por el piano y yo por Salomé. Lo desinfectó como pudo y a mí me recordó a mi madre, fregando platos con tomate frito petrificado. El color de la sangre era muy vivo. No se lo dije a nadie, pero yo hubiera guardado esa sangre en un bote de cristal para mirarla y volver a mirarla, hasta que se secara, hasta que se la comieran los microbios. Era parte de Salomé: su ADN, su esencia, su perfume, su sexo, sus vísceras, su temperamento, su núcleo, su vergüenza. Ella era una niña de sangre caliente, escandalosa a veces, sobre todo cuando me besaba y se enfebrecía.

Lo peor fue cuando me avisaron de que reanudábamos el concierto. Me convencieron de que era mi turno, de que era mejor

no darle importancia a este tipo de accidentes domésticos. Borrón y cuenta nueva. Porque, según contaban, Salomé era un avión mal aterrizado. Una aeronave fuera de control.

Entonces tuve que prepararme para salir, y todas las compañeras que iban detrás de mí y también participaban en el concierto se pusieron a la cola. Eran iguales. Pulcras, con la cara lavada. Tenían la imagen típica de las pianistas y los dedos kilométricos. Yo era la siguiente y Poliana me empujó (literalmente, me empujó) hacia el escenario, el lugar del crimen.

El público se había reducido a la mitad. Y aplaudían, pero aplaudían asustados, por obligación, como se aplaude ahora en todas partes. Se aplaude lo mismo a un torero que a Stephen Hawking hablando sobre agujeros negros. Los aplausos han perdido toda su credibilidad. En otros tiempos, tiraban tomates a los músicos mediocres que salían a tocar a los escenarios, y eso, al menos, tenía algún sentido. Un sentido histórico. Desde luego, era más auténtico que los aplausos que suenan ahora en todas partes.

Cuando me acerqué al piano, pude ver una mancha de sangre atascada entre dos teclas. Y también vi otra mancha de sangre, aún fresca, en el lateral del instrumento. Y otra mancha más en el atril, que iba a desbordarse y se estaba coagulando con rapidez.

No sé ni cómo me pude concentrar. Toqué la sonata más triste de mi vida, de un tirón, pasando las páginas de la partitura con desgana, con los dedos manchados de sangre (Rh positivo, Salomé), mientras pensaba en una cabeza rota, maltratada por el arte, asesinada por el arte, descuartizada por el arte. Lo cierto es que a mí el arte nunca me había parecido peligroso. Para mí era una cosa que estaba ahí, que llega cuando llega, como un sujetador de encaje. No le había dado más importancia, no ocupaba un lugar primordial en mi existencia.

Una tarde en el colegio nos pusieron la película *Amadeus*, de Milos Forman. Toda la clase se quejaba y de tanto quejarse les daban espasmos de vértigo, pues eso es la adolescencia: un ataque de vértigo que dura cinco años. En fin, que durante la película pude comprobar cómo todos esos músicos se volvían locos, borrachos, estúpidos e ingeniosos y competían entre ellos —ni se duchaban, ni dormían, ni nada— por hacerse oír, escuchar y entender entre sí. En el arte pasa eso, que las personas se transforman, sufren extrañas mutaciones. A algunos les crecen tubérculos detrás de las orejas. Otros viven en una choza y dicen que lo hacen por amor al arte. Ellos saben que no es muy sano vivir así —claro que no—, pero resulta que por el arte todo está justificado. La choza, también. Y

los tubérculos. Contra los tubérculos no hay nada que hacer, son cosas que crecen. Y si no resulta creíble lo que estoy diciendo, si alguien lo pone en duda o le parece una ridiculez, que lea, se informe y subraye la vida de Gustav Mahler, que vivió en una cabaña de seis metros cuadrados y allí terminó su *Cuarta sinfonía*.

Cuando acabé de tocar la sonata más triste del mundo (la más triste de mi vida) con los dedos rojos, agitados, el público se levantó para aplaudirme. Se levantó. Y a mí, esa masa de amantes de la música siempre me había aplaudido desde su asiento, sin entusiasmo. En la música, exclusivamente en la música (no sé por qué no en las otras artes), cuando el público se levanta es que el aplauso es doble, vale por dos, aunque los aplausos sean movimientos robóticos.

Me sentí halagada, aunque no del todo. Era la primera vez que se levantaban ante una interpretación mía al piano. Pero el mérito no era mi música. El mérito, mi mérito real, consistía en haber salido a tocar después de un suceso catastrófico. Es decir, hablando claro y sin tapujos: mi mérito era la valentía. Y eso no es arte; la valentía es un valor o un defecto (nunca se sabe), pero no garantiza ningún éxito artístico, al menos en lo que a mí concierne.

La audición siguió su curso, con normalidad. Las otras niñas también tocaron y el asunto de la sangre, el accidente imprevisto, se fue disipando entre música ligera y acordes ceremoniosos.

Yo quería ver a Salomé, preguntar por ella e irme de allí. Sin embargo, cuando estaba saliendo del teatro, me abordaron el grupo de profesionales del piano. Todos internacionales. Me hablaban en tres idiomas diferentes al mismo tiempo, cuando yo solo sabía uno; un idioma milenario: *Es ist mir Wurst, Qui se ressemble s'assemble, Mohu použít váš telefon, prosím?* Era difícil contestar algo lógico a cada uno, ser amable. Hay días en que la amabilidad se convierte en una meta inalcanzable, y aquel día, para mí, era un día de amabilidad por los suelos. Así que me marché de allí, dejándoles con su conversación multilingüística.

A Salomé la encontré en el hospital, bastante contenta, con una venda alrededor de la cabeza. Parecía una karateka. Estaba muy guapa así, palidísima. Tenía algo exótico, japonés. Me sonrió y se alegró de verme. Se levantó de la cama para abrazarme y me contó, gesticulando mucho con los brazos, que estaba en shock. Me han detectado —continuó diciéndome— un shock postraumático. Y me han puesto —y se levantó un poco la venda— ocho puntos.

Yo le regalé una flor que había cogido de camino al hospital. Era una flor común, con los pétalos muy grandes, color albaricoque.

Creo que le gustó, aunque tenía las hojas rasposas y un bicho en el centro que no sabía cómo quitar. Estaría —pensé— polinizando a la flor. Salomé se colocó la flor, con cuidado, en el bolsillo de su bata de hospital y las dos nos quedamos mirando al bicho que movía sus mandíbulas en el centro. Luego le dije que me iba, pues tenía clase de piano a la mañana siguiente y había que ensayar, siempre debíamos ensayar, pero que me alegraba, me emocionaba, me había hecho feliz verla tan guapa y floreada. Salomé me contestó que nos veríamos a la mañana siguiente, en la clase de Poliana, pues le daban el alta en un día.

—Soy joven, me recupero rápido —afirmó.

—Solo me están vigilando el golpe —añadió con rotundidad—. Que no se complique y cicatrice bien.

Al salir del hospital, sentí una melancolía de cueva solitaria. Y estuve paseando sin dirección concreta, disfrutando del placer de cruzarme con desconocidos, que me miraban por primera vez, con los párpados caídos del desánimo. Y contemplé, al final de la tarde, el sol desvaneciéndose, el vuelo de los primeros murciélagos, entre ráfagas de sueño.

Cuando llegué a la clase de Poliana, a la mañana siguiente, Salomé estaba ahí, medio curada. Llevaba un pañuelo en la cabeza, color burdeos, que le quedaba muy bien. Ya no parecía una karateka, ahora me recordaba a una espigadora de algún cuadro famoso. Ya no se le transparentaba la sangre a través del pañuelo. Había dejado de supurar. La besé en la frente con ternura y ella me susurró que el corte se le estaba secando, que ya no le dolía. Y me preguntó si aquella tarde le apetecía que estuviéramos a solas, tocando el piano o lo que sea. Yo sabía lo que significaba eso. Lo sabía de sobra. Pero me daba miedo hacer daño a Salomé, porque estaba, en el mejor sentido de la palabra, convaleciente, semiherida.

La tarde, como se veía venir, la pasamos desnudas. Yo le quité la camiseta y ella me la quitó a mí y vio mi sujetador deportivo. Se echó a reír y su corte profundo de ocho puntos empezó a tambalearse, al mismo tiempo que su risa.

—Por lo menos —bromeó— ya llevas sujetador. Eso es un paso importante.

Estábamos tan tranquilas, solas y emocionadas, que sentí el arrebato de besarla, de besarla por todas partes. Y empecé por su cicatriz, que estaba al aire libre, crujiente. Le besé la cicatriz, con los puntos y todo. Ella no se quejaba, le parecía sensual. Se la

besaba despacio, con sus impurezas, sus costras duras, su sabor a yodo, y entonces, antes de que se me olvidara, le dije:

—Tuve miedo durante el concierto. Creí que te habrías hecho más daño, que habrías perdido la memoria, no te acordarías de mí, o...

Salomé me interrumpió con más besos. Estábamos tan bien juntas y arrinconadas. Serpenteantes. En una esquina sucia de su casa, en el suelo, encajadas. Entonces empecé a meter mi mano por dentro de su pantalón y ella se dejó hacer, se bajó la cremallera, abrió mucho las piernas y me preguntó:

—¿Estás segura, pequeñaja?

Yo asentí. Y entonces ella metió la mano en mi sexo, tres dedos gordos, con la brutalidad con que lo haría un oso con su pezuña. Me sorprendió, me dolió y me irritó. Creí que Salomé iba a ser más suave; quizá por su estado, por la debilidad del momento, pero me equivocaba: aquella niña, mujer o señora, tenía más fuerza que yo, que cuatro niñas como yo. Me empecé a angustiar, pero Salomé no lo notaba y seguía hurgando en mi interior, con agresividad, abriendo y cerrando la mano. Creo que confundía la angustia con la excitación y me aplastaba con su puño, me clavaba los nudillos. Cuanto más me apartaba, más fuerza hacía ella. Me vi en condiciones de desigualdad. Ella la experta y yo la aprendiz. Ella la dominante, la jefa. Entonces me di cuenta de que era demasiado pequeña para ella, puesto que ni siquiera tenía vello en ninguna parte de mi cuerpo y llevaba un sujetador que me resultaba incómodo y no era de mi talla. No me aguantaba las tetas, que solo habían crecido un centímetro desde el año anterior. Además, me hacía roces en la espalda, me quemaba la piel.

Al final, conseguí sacar la mano de Salomé de mi sexo. Olía a mí. A mi más completa intimidad, ni bien ni mal. Estaba pringosa, enmohecida. Esos líquidos femeninos huelen raro; aunque hay a quien le excita el olor. Una vez entré en un sex shop y vi a un hombre que compraba un perfume, un frasco con aroma a vagina. En la caja ponía «ultraintenso». La dependienta de la tienda le advirtió que en ningún momento, bajo ninguna circunstancia, podía comerse el perfume. Que estaba prohibido, que ya habían muerto dos hombres así, engullendo flujo vaginal. Y que luego no se quejara, que estaba sobre aviso. Ella no se quería hacer responsable de más muertes. Una ya tiene bastante con lo que tiene.

Tras retirarle la mano a Salomé, le supliqué que lo dejáramos, que ya seguiríamos otra tarde, que disfrutaríamos más en otra ocasión, porque ella, además, estaba enferma y seguro que

necesitaba descansar. Y le sugerí que se lavara las manos, que lo iban a notar, que iban a notar que sus manos olían a mi sexo, y que lo hiciera, por favor, con un jabón perfumado. En el cajón del baño su madre guardaba jabones aromáticos de lavanda, de rosas, de frutas del bosque, de vainilla, de sándalo, de hierbabuena y de aromas del desierto. Que eligiera uno, el que fuera. Pero que se quitara el olor de sus manos y que se frotara bien las uñas porque, a veces, ahí también se internan olores y se quedan pegados restos de comida y de sangre.

Salomé se fue al lavabo y cuando regresó se tumbó a mi lado, me miró y me dijo:

—Cuéntame qué pasó después del concierto.

Yo le expliqué que el público me había aplaudido mucho, más que nunca. Que se había levantado y se había quedado así un rato, levantado, aplaudiéndome con vehemencia, durante cinco minutos. Que, además, se habían acercado a mí los músicos internacionales (¿te acuerdas de que Poliana los invitó?) y me hablaron, se interesaron por mí, pero yo no entendía su idioma, pues hablaban los tres a la vez y no les supe contestar nada, ni una palabra, porque estaba desorientada. Pero Poliana, por suerte, iba a contactar con ellos, porque les había interesado mi actuación. Le habían comentado que había sido muy natural, una niña resolutiva, en un ambiente descontrolado. Y les interesaba ese carácter, esa disciplina, esa mano de hierro, para llevarme de gira con ellos por cuatro ciudades europeas: Riga, Copenhague, Glasgow y Florencia.

Salomé, a todo esto, me contestó que estaba cansada, que mejor que me fuera y la dejara sola, que le empezaba a doler la cabeza, terriblemente, me repitió que le dolía terriblemente.

Yo me fui de su casa, con la sensación (esa sabiduría extraña del inconsciente) de que no volvería allí jamás y miré, por última vez, la verja desteñida de la entrada por la que había entrado, había salido y había ido creciendo.

Por el camino, me metí en un bazar cualquiera a comprar una botella de agua, porque necesitaba beber, oxigenarme. En aquella tienda vendían artefactos por un euro y, por casualidad, también vendían boomerangs. Los tenían todos en fila, en un estante. Ese objeto que me obsesionaba y me intrigaba desde hace años y que solo había visto en fotos aisladas, con su curvatura lunática. Había de diferentes tipos y categorías: madera, plástico y de fibra de carbono.

Compré el agua y compré un boomerang de madera. Luego, me alejé un poco de la civilización y lo impulsé hacia el fondo de la

penumbra, esperando a que regresara, como una mascota adiestrada. Pero no volvió. Es más, volaba zigzagueante, sin ninguna elegancia. Se quedó a medio camino, atascado entre las hojas de un almendro, y ya no regresó a mí. Pensé que el boomerang respetaba a los que lo lanzaban bien (expertos, veteranos, combatientes) y hacía falta talento y destreza para conseguirlo. Aun así, lo volví a intentar, por si acaso, porque a la primera casi nadie acierta. Y tampoco volvió. Fue peor que antes. No alcanzó la velocidad, el ritmo, ni el ímpetu suficiente y chocó contra el suelo y se llenó de barro. Me pregunté, entonces, dónde se escondía la magia, el puñetero milagro, la hechicería. Quizá los boomerangs sean de esos aparatos complejos, supersónicos, que rara vez retroceden y siempre van hacia delante, como un carricoche o un velocímetro, sobre todo si lo lanzan unas manos temblorosas.

Eclipse

> Que la vida es así: se pulsa un botón y la vida se enciende.
>
> CLARICE LISPECTOR

Leonora y Adelino formaban un matrimonio como los de antes. Acababan de cumplir ochenta años y habían sentido escalofríos y espanto al soplar las velas de la tarta. Empezaban a sospechar que el mundo se desmoronaba infatigable a sus espaldas, sin que ellos lo hubieran saboreado todavía. Con poca gloria y sin ningún esplendor. Intuían que a sus corazones les faltaba un halo de belleza y viento fresco y farolillos de colores y embriaguez bajo la luna y paseos febriles entre estanques dorados y pequeñas arboledas junto al mar. En resumen: una dosis de plenitud de la existencia. Deseaban viajar y no les quedaba mucho tiempo. Apenas unos días, si seguían teniendo suerte.

Mientras tanto, el mundo cambiaba a toda velocidad. La Tierra comenzaba a convertirse en un páramo de residuos industriales.

—Se supone que los viejos tienen que ser felices.

Esa es una frase que Leonora y Adelino oían a menudo, en verbenas con amigos (y sin amigos), entre churros, manzanillas y pañuelos de seda. Una frase que se perpetuará por los siglos de los siglos, sin sentido alguno. Sin embargo, ellos lo único que anhelaban era viajar a un país exótico. Lo soñaban por las noches.

Groenlandia, China o Rusia eran sus destinos favoritos.

Habían llegado hasta los ochenta años arrastrando un sueño incomparable, del que nunca hablaban, por temor a que otra pareja de ancianos se adelantara y viviera sus experiencias por ellos. Les angustiaba pensar en lo que estaba por venir. Y les empezaba a doler la espera. Y como les dolía, se apoyaban cada uno en su bastón de hierro y suspiraban, porque aullar está prohibido y es extraño. Se quedaban un rato así: quietos, medio congelados, con la cabeza apoyada en el mango del bastón, hasta que el ánimo reaparecía y se los llevaba de nuevo por el pasillo.

Aquella era una actitud acostumbrada. Porque en su día, Leonora y Adelino no tuvieron luna de miel. Ni siquiera pudieron salir del pueblo para respirar otros aires más suaves y transparentes. Ya ni se acuerdan del porqué. Es difícil recordarlo. La memoria se encarga de dinamitarlo todo. Querían viajar lejos y salir del pueblo —Villaseñor de Almeida— para evitar convertirse en los típicos ancianos que nunca han visto el mar. Tanto tiempo ahorrando para un viaje. Habían llenado cientos de cajones con billetes de cinco euros. Mejor que en el banco o en una caja fuerte. Los escondites son para los soñadores.

Desde muy joven, Adelino trabajó como técnico de semáforos. Todos los días regresaba a casa con enchufes y diferenciales colgados del cuello, medio electrocutado, donde le esperaba Leonora y su sonrisa de limpiadora triste (pero feliz) y los cajones llenos de billetes, que siempre estaban ahí, al acecho. Hay momentos en que el deseo se torna desafiante y pegajoso. Eso pensaba Adelino, que, desde hacía un tiempo, prefería no mirar a su alrededor. Leonora llevaba una época comprando muebles de forma insaciable (una cómoda, una vitrina, un aparador) con cajones de todos los tamaños, a cada cual más viejo, sucio y astillado, únicamente para llenarlos de dinero.

Fuera del hogar, tanto en las ciudades como en el campo, el mundo se había transformado en un cráter bastante doloroso: cada día las autoridades alertaban de un grave incendio, huracán o epidemia a la vista. No se podía salir de casa, ni siquiera para comprar arroz. Los días en calma, que eran pocos y humeantes, se podía viajar. Eran días de bandera verde, de libertad condicional, en los que se avisaba a todos los habitantes del pueblo que aquel era el día idóneo, perfecto para coger la maleta, acelerar el paso y desaparecer para siempre. Pero necesitaban una respuesta rápida por parte del viajero, porque viajar no estaba al alcance de todos. Una respuesta luminosa, de esas que duran un segundo y no admiten matices.

Los medios de transporte tradicionales ya no funcionaban como era debido, porque en el aire flotaban partículas inflamables que podían causar la muerte a cualquiera que se olvidara la mascarilla en casa. Por encima de las nubes, circulaban gases que incendiaban el motor de los mejores aviones.

Leonora y Adelino lo habían pensado mucho. Y habían decidido que ya no podían pensarlo más, que era demasiado tarde, que el cuerpo no aguantaría el peso de tantas arrugas y que podrían estar cometiendo el mayor acierto o el mayor error de su vida, pero que ahora eso daba igual: a los ochenta años era corriente estar más muerto que vivo y la única forma de vivir intensamente era esa, precipitada e insegura, sin bastón ni nada, como dos auténticos robinsones. Sabían, además, que las condiciones climáticas no eran favorables y que se enfrentaban a muchos riesgos. Si hubieran viajado antes, treinta años más jóvenes, no hubieran necesitado ni mascarilla, ni bombonas de oxígeno, ni trajes de aproximación al fuego. Eran otros tiempos, como se suele decir.

Debido a que los vehículos de transporte tradicionales se habían quedado obsoletos y se incendiaban con el aire abrasador de la ciudad, se había inventado el teleférico, que funcionaba con un motor blindado. La idea original fue de los japoneses, pero los americanos se adelantaron y lo construyeron ellos, con un montón de banderitas por todas partes. Era el invento del siglo y del futuro; la salvación, la modernidad en potencia, un Dios mecánico, fuera de toda lógica, imposible de superar, patrimonio histórico, monumento omnipotente. Un insecto tecnológico plagado de botones y pantallas tridimensionales. En la televisión no se hablaba de otra cosa. Estaba más alto que cualquier rascacielos y alcanzaba la velocidad de la luz y del sonido. Ocupaba una parte importante del cielo y, por suerte, llegaba hasta Villaseñor de Almeida. Se podía viajar desde cualquier lugar hasta cualquier lugar, sorteando obstáculos, sin escalas, ni interrupciones: tan solo apretando un botón.

Para Leonora y Adelino era un alivio saber que, estuvieran donde estuviesen, siempre habría un teleférico rodeando el mundo.

En Villaseñor de Almeida se armó un gran revuelo con el viaje de Leonora y Adelino. En el estanco, en el supermercado y aún más en la peluquería, que es donde se mezclan los pelos y las pasiones, no podían creer que ese par de ancianitos —ya en las últimas— se marcharan a recorrer mundo. Y lo que era peor, una noticia todavía más grave, que lo hicieran en teleférico. Un chisme que, aunque los medios de comunicación lo idolatraban, todavía no era recomendable, ni seguro, ni siquiera cómodo, porque no había mucho espacio en el que moverse. Cada cubículo tenía unos veinte

metros cuadrados de amplitud y las zonas comunes solo podían pisarlas los viajeros de primera clase. Desde lejos, parecía inestable y descoordinado: una atracción de feria. Todavía estaba en periodo de pruebas y solo se habían atrevido a subir a sus vagones paracaidistas profesionales, suicidas, amantes del vértigo y las alturas.

La cuestión es que Leonora y Adelino vaciaron todos los cajones de su casa. El teleférico les esperaba a la mañana siguiente y, antes de ilusionarse, tenían que comprobar que el dinero que habían ahorrado les bastaba para comprar los billetes. Vaciaron los muebles despacio, de cinco euros en cinco euros, hasta la eternidad, como mendigos de clase media. Y al final resultó que sí, que lo habían ahorrado. Que lo habían conseguido. Que se lo podían permitir. Que el dinero les daba para dos billetes, y además de los buenos. Después de muchas cuentas con la calculadora, de algunas equivocaciones (un cero menos, habían añadido un cero menos a la suma total), decidieron que estaban listos y seguros para comprar ambos billetes y alejarse por fin, en aquel robot milagroso, hacia los confines del universo.

Salieron temprano. Leonora se puso sus mejores galas: una gargantilla y sus pendientes de la suerte, que eran largos hasta el cuello y pesaban un poco, pero, ante acontecimientos tan importantes como un viaje en teleférico, eso era lo de menos. Ni siquiera le molestaba que los zapatos le estuvieran destrozando los talones y apenas pudiera andar, ni mantenerse en pie. Ni tampoco que las medias le apretaran tanto que tuviera que rompérselas un poco, para estirar los músculos o lo que fuera. Todo eso daba igual ante momentos de fulgor y sangre en las venas.

Los periodistas les esperaban impacientes. Tenían que cubrir la noticia y enfocarlos bien, subiendo al teleférico, elegantes y encorvados. Casi todas las casas del pueblo tenían las ventanas abiertas. Era un día de frío y niebla quebradiza y estaba a punto de llover, pero no llovía. Leonora y Adelino llegaron puntuales. Primero el bastón y luego ellos, arrastrando sus maletas. Las maletas eran de fibra viscoelástica y ellos de carne y hueso, o eso creían. Les impresionó ver el teleférico allí plantado. Era vaporoso, inabarcable. Les recordaba a los buques de piratas, a las historias de su infancia. El contraste entre el futuro y el presente era evidente.

El teleférico parecía una aparición espectral, dentro de aquel pueblo en el que todo estaba mugriento. Un trozo de futuro instalado en un fragmento de prehistoria. Los periodistas les hicieron unas cuantas preguntas, a las que Leonora y Adelino contestaron con evasivas, pues querían subir lo más rápido posible al teleférico y dejar atrás, muy atrás, los años perdidos en Villaseñor de Almeida.

Hasta que llegaron a su habitáculo, que estaba en la *cabeza* de la nave (así llamaban a la parte superior del teleférico), se fueron encontrando a varias personas en las zonas comunes. En el salón de reuniones había un hombre triste que, con un catalejo de madera, antiguo y desenfocado, intentaba capturar alguna imagen del cielo. A medida que pasaban los minutos, le crecía muy rápido la barba.

Aquella observación le causó mucha inquietud a Adelino, que se palpó la suya. Estaba igual que siempre: lisa y chamuscada. Entonces pensó que hay barbas que crecen a más velocidad de lo normal, por tanta tristeza.

A su lado, una señora con el pelo gris leía una biografía sobre grandes personajes de la historia: *El mundo científico de Copérnico*.

Al ver a Leonora y Adelino, tan recién llegados, apartó los ojos del libro para exclamar:

—Oh, los más ancianos de la nave. Bienvenidos.

El teleférico despegó y Leonora y Adelino se quedaron observando, tras los cristales, cómo Villaseñor de Almeida desaparecía y se difuminaba ante ellos. Por un momento, sintieron miedo. Era todo muy nuevo. No tenían nociones sobre ingeniería ni máquinas del futuro, y sin embargo allí estaban, en el interior del mayor invento aéreo del mundo, flotando entre seres extraños que leían libros sobre Copérnico y visionaban el mundo a través de un catalejo ennegrecido. Precisamente el hombre del catalejo, que tanto les había llamado la atención, se les acercó. Estaba tan triste que costaba mirarle directamente a los ojos. Y preguntó:

—¿Habéis visto el eclipse?

Leonora y Adelino no habían visto nada. Ni siquiera el mar. Y aquel hombre tristísimo, de mirada almidonada, les estaba preguntando por uno de los fenómenos astronómicos más espectaculares que existen. Leonora y Adelino no se atrevieron a contestar. Entonces el hombre del catalejo continuó:

—Yo tampoco he visto ninguno. Pero me dedico a ello, todos los

días.

Y se marchó. Les dejó con aquella respuesta estelar vibrando en los labios, como un calambre eléctrico. Leonora y Adelino se quedaron con la sensación de haber visto una película hasta la mitad. Una película de fantasmas, fragmentaria y loca. Aquellos pasajeros que vivían en el teleférico eran personas introvertidas y de pocas palabras. Un grupo de misántropos.

Finalmente, después de atravesar las zonas comunes, Leonora y Adelino llegaron a su cubículo. Un camarote volátil. Aunque era pequeño, les resultó acogedor. En el escritorio les habían dejado un ramo de rosas de plástico y una carta de bienvenida, escrita a mano. En ella se avisaba de los posibles efectos secundarios que el matrimonio podría sufrir de vuelta a la vida real. Los cristales eran herméticos. Se podían cerrar pero no se podían abrir. Y en la mesilla de noche, como en casi todos los grandes hoteles de la Tierra, había una Biblia y, casualmente, también un diccionario. Leonora buscó la palabra «eclipse», que decía así:

«Ocultación transitoria, total o parcial, de un astro por interposición de un cuerpo celeste».

Para poder viajar, Leonora y Adelino tenían una pantalla táctil con botones, situada en cada extremo de la habitación. Cada botón correspondía a un país, y dentro de ese país se podía visitar una ciudad. Los botones se iban ramificando en botones más pequeños, por si deseaban visitar algún pueblo, como, por ejemplo, Villaseñor de Almeida, que estaba resaltado en el mapa, señalado en verde.

Situados uno frente al otro, Leonora y Adelino, contemplaron la espesura de la Tierra. Llovía allí. Primero visitaron Groenlandia, a continuación China y más tarde Rusia. En un día pudieron visitar los tres sitios. No les resultaron muy diferentes entre sí. Lo que les ofrecía el teleférico era, simplemente, una visión panorámica de los tres lugares. Se sentían astronautas y turistas a partes iguales. Pero no podían bajar del cubículo. Estaba prohibido y enseguida saltaba una alarma que convertía su habitación en una discoteca de luces fosforescentes.

Los habitáculos del teleférico tenían servicio de catering y estaban climatizados. Temperatura ambiente. En ningún país hacía ni frío ni calor. Leonora y Adelino probaron todas las especialidades que les ofrecía el menú. Visitaron, por último, el desierto del Sáhara. Les invadió, durante un minuto, una sensación placentera, como de conquistar el mundo.

Después del recorrido, Adelino notó que le había crecido la barba. Seis centímetros en menos de una hora. Le pareció anormal aquel crecimiento repentino, un suceso inexplicable. Por eso, se preguntó si estaría soñando o serían imaginaciones suyas. Se lo comentó a Leonora, que sacó unas tijerillas de su neceser y le cortó a Adelino la barba sobrante.

—¿Qué hacemos con el pelo? Si no hay papeleras en la nave. Y los baños son comunitarios.

Leonora guardó el trozo de barba de Adelino en su bolso. De forma provisional, para no dejarlo en el suelo y que con la ingravidez se esparciera por todo el dormitorio. Y luego salieron a relacionarse con los otros habitantes del teleférico. En su zona, por alguna razón, siempre se encontraban con los mismos pasajeros: la mujer que leía *El mundo científico de Copérnico,* que todavía iba por la misma página. La encontraron sentada en una silla de oficina, bastante aparatosa. Había dejado el libro a un lado y estaba removiendo con esfuerzo papeles perdidos dentro de su bolso. Leonora observó con sorpresa que también había pelo en el interior de su bolso. Un estuche transparente lleno de pelos. Como en su bolso. De otro hombre. De otra barba. De otro color. Y, aparentemente, más joven que la barba de Adelino.

Leonora se acercó a ella y le enseñó el pelo que tenía en su bolso. Lo tocaba con las manos y se le escurría entre los dedos. Después, los pelos empezaron a volar alrededor de la sala de reuniones del teleférico, como pájaros libres. Las dos se miraron con la complicidad de quienes comparten el mismo problema. La señora del bolso, con voz hospitalaria, agregó:

—Es de mi marido. Si quieres, podemos hacer un intercambio.

El marido de aquella señora era el hombre del catalejo, que estaba en uno de los miradores acristalados, con el catalejo pegado a los ojos.

—El eclipse está a punto de llegar —susurraba.

La barba de ese hombre tristísimo era lo que llevaba la señora copernicana ahí, en su bolso de cuero. Esa cosa de náufrago, envasada al vacío. A Leonora le repugnó aquello, aunque también ella llevaba la barba de Adelino en el suyo y, en el fondo, era el mismo tipo de viscosidad biológica. Pero Adelino, por supuesto, era su marido.

—¿No hay papeleras en el teleférico?

Aquella señora le respondió a Leonora que no, que no había ninguna papelera. Que podía tirar la barba sobrante de su marido en el WC, pero que se arrepentiría, porque si hacía eso, si se atrevía

a hacerlo, la barba de Adelino iba a crecer cada vez más rápido y un día sería incontrolable y esponjosa.

—Lo único que podemos hacer es intercambiarnos las barbas —insistió.

Leonora intentaba entender algo. Pero no lo conseguía, por más preguntas que se hacía. Era como si esa señora llevase el mando de la situación.

—Los intercambios favorecen las relaciones personales —le recordó.

Y siguió leyendo su libro de Copérnico. Aquella primera página perpetua, en la que se podía ver un retrato de Copérnico, dibujado a carboncillo. De los pocos que deben de existir del científico, pensó Leonora. Y con ese horrible gesto de desdén.

Leonora se alejó. No quería oír otra vez esa frase rara sobre intercambios de barbas. Estaba cansada de juegos, de extravagancias y teorías galácticas.

Adelino estaba al otro de la sala, jugando con el catalejo del hombre tristísimo, que se deshacía en su propia pena. Cuanto más miraba por el catalejo, más adelgazaba. A juzgar por su cara, parecía que se lo estaba pasando bien. Mientras él se entretenía, ella entró en el WC y lanzó la barba de Adelino al váter, que se tragó todos los pelos con avidez. Problema resuelto, pensó Leonora. No hay que preocuparse más por el asunto, pronunció para sí misma en voz alta. Pero al volver a la sala de reuniones se encontró a Adelino allí, que intentaba caminar con una barba espectral de dos metros y suspiraba con ojos llorosos:

—¿Y ahora qué me está pasando? ¿Es por el eclipse? ¿El eclipse altera el crecimiento del vello?

Leonora le contestó que se olvidara del eclipse y se lo llevó del brazo hasta el habitáculo que ocupaban. Allí le cortó toda la barba que le sobraba, empezando por la derecha y terminando por la izquierda, que era mucha, muchísima, dos metros de barba, y le habló de aquella señora que también llevaba la barba de su marido en el bolso.

—Lleva más cantidad que yo. Un arbusto entero.

De repente, se dieron cuenta de una cosa. De que la vida en el teleférico consistía en eso: en evitar que crecieran las barbas (tristes, débiles y apagadas), en pulsar botones y en mantenerse a la

espera hasta que se produjera un eclipse. Lo habían entendido en menos de dos días. Era una vida que les recordaba a otra vida. Pues en Villaseñor de Almeida vivían así, con la excepción de que Leonora no llevaba la barba de Adelino en el bolso. Y los eclipses hacía tiempo que no se podían contemplar. La belleza tenía un precio: había que imaginarla con los ojos cerrados. Demasiada contaminación lumínica en la atmósfera.

Leonora tenía el bolso rebosante de los pelos de la barba de Adelino, de todos los tamaños, colores y texturas. Ni siquiera sabía dónde estaban ya sus cosas, sus enseres de maquillaje. Y no le apetecía viajar. Lo habían visto todo desde las alturas: un lago de peces cristalizados, paraísos volcánicos y pirámides rotas. Deberían haber tomado más precauciones. Este viaje, le advirtió Leonora a Adelino, no era un viaje cualquiera. Y los dos lo sabían desde el principio. Lo habían hablado, habían aceptado el reto y, sin embargo, no podían controlar la extrañeza que se presentaba en aquel teleférico astronómico. Allí todo el mundo vagabundeaba, acostumbrados al misterio del cosmos y al crecimiento revolucionario de las barbas, como estrellas errantes o sonámbulos meditativos.

Leonora miró el botón verde, que podría conducirlos de vuelta a Villaseñor de Almeida. A una vida normal, mucho más normal. Se aseguró de mirar el botón con fijeza para que Adelino se diera cuenta de que ella lo miraba, de que miraba allí y no a otra parte y de que aquella mirada era, más que una mirada, una pregunta.

—¿Volvemos?

Justo en el momento en que iban a pulsar el botón para abandonar el teleférico, una voz grave les avisó por megafonía de que el eclipse ya estaba allí. Estaba sucediendo. Leonora y Adelino se abrazaron, sin saber si era de miedo o de asombro. Esas cosas o se saben o no se saben, no hay término medio.

El caso es que ya daba lo mismo, porque no se abrazaban, ni se acariciaban, ni se ruborizaban desde hacía décadas, y eso era todo un logro. Por una vez, el tiempo y el espacio les resultaban favorables.

Se encontraban en el instante preciso ante el espectáculo perfecto.

Compostura: la línea imaginaria

1

Para ser director de orquesta hace falta tener una línea imaginaria. Una línea negra y grande, que se vea bien sobre fondo blanco. Una línea de referencia, a la altura del pecho, de las glándulas mamarias, de los pulmones, de la frente, del corazón. Digo, da igual el sitio. En los meñiques, en el ombligo, en el lunar casi redondo. Repito que da igual el sitio. Hay quien tiene esa línea imaginaria a la altura del cuello y da igual; como si está en el fémur derecho o en el tobillo izquierdo. Hay quien va pisándola, deshaciéndola, hace funambulismos sobre su línea imaginaria medio destruida.

Y hay quien no alcanza nunca a llegar a ella, de tan lejana, infinita y horizontal.

En realidad, también da lo mismo en ese caso. Pues no alcances, pues ponte de puntillas o crece un poco más: ponte recto, erguido, o cómprate unos elevadísimos tacones.

O trata de impulsarte, dar el salto.

En el fondo, no es más que una línea imaginaria: no la vemos ni ella nos ve. Nadie sabe nada, nadie pregunta. Nadie nada (en absoluto) sobre mí, tú, ella, línea imaginaria.

2

Mi línea imaginaria está a la altura de los ojos. La veo siempre aparecer como un fantasma *en tránsito de convertirse en* (línea imaginaria). Como un fantasma alargado, como un fantasma ciprés. Y me planto delante de ella como se plantaría alguien delante de cualquier aparición.

A veces me cuesta mantener la compostura.

Me explico: si estoy en un café con amigos, y de repente, sin causa ni consecuencia, se me aparece la línea, empiezo a disimular. Miro hacia otra parte. No vaya a ser que comience a comportarme de forma extraña o traspase la distancia (el límite ilimitado) de mi línea imaginaria y me quede sin ella o tenga que reinventarla:

volver a trazar una nueva línea a la altura de mis riñones.

O peor aún, de mi hígado.

O peor aún, del más pequeño de mis huesos.

No, cuidado: ya he comprobado que no estoy en el interior de ningún sueño, ni nada de lo que rodea a esta cafetería se le parece (ni hay tampoco cafeterías que sirvan café caliente dentro de los sueños). Y si me han servido un café caliente, en una cafetería, en el interior de un sueño, seguramente aquello no fuera un sueño. Porque un sueño es:

1. El acto de dormir.
2. El acto de representarse en la fantasía de alguien, mientras duerme, sucesos o imágenes.
3. Ganas de dormir.
4. Cierto baile licencioso del siglo XVIII.
5. Cosa que carece de realidad y fundamento, y, en especial, proyecto, deseo, esperanza sin probabilidad de realizarse.

3

Una vez conocí a un director de orquesta sin línea imaginaria. No tenía. Ni a la altura de la clavícula, ni tampoco detrás de ella (en su espalda ondulada) ni en ningún lugar concreto se situaba su línea imaginaria. Decía que no tenía de eso. Que un músico debe ser libre. Que las únicas líneas, las únicas posibles, son las del pentagrama. Hay que hilar la música, decía, de una manera finísima, íntima, especial.

Y afirmaba:

—Ojalá tampoco existieran pentagramas dentro de la música.

Eso es lo que decía aquel músico, el director de orquesta, tantas cosas son las que decía y ninguna de ellas llevaba líneas, ni intentos de líneas, ni por encima ni por debajo de sus frases. Incluso me pareció que hablaba sin tildes, sin guiones, sin comas y sin vocales. Aquel hombre no entendía de carreteras: han construido el mundo, decía, siguiendo una sola línea imaginaria, que lleva a todas partes, que no lleva a ningún sitio.

Hasta los pájaros, hoy, parecen seguir esa línea.

Y qué me dices de las ovejas, me preguntaba. Y de los tigres asiáticos. Y de los otros tigres, los de Bengala. Y de los orangutanes, qué me dices de los pobres orangutanes. Y de las cebras, llenas de líneas en su cuerpo, que también van siguiendo una línea. Esas mulas rayadas dan ganas de llorar en mitad del campo, nacidas con

tantas líneas. ¿Y de la línea zigzagueante de los peces dentro de una pecera? ¿No te has mareado alguna vez siguiendo una línea recta?

Es antinatural, malvado, soporífero, es sordo.

Eso es lo que decía aquel director de orquesta y luego desaparecía, como cada tarde, dejando tras de sí un rastro (medio polvoriento, medio filosófico) y siguiendo, como cualquier mortal, alguna línea: un pasillo mal iluminado, por ejemplo. Una estela de humo flotante, otro ejemplo. Un supermercado de los más modernos, por poner otro ejemplo visiblemente gráfico. Y a mí me daba la sensación de que la línea del horizonte (¡del horizonte!) tenía mucho que ver con toda esta cuadrícula reglamentaria, toda esta artimaña de líneas y este cálculo tan matemático. Porque el horizonte es:

1. El límite visual de la superficie terrestre, donde parecen juntarse el cielo y la tierra.
2. Espacio circular de la superficie del globo, encerrado por dicha línea.
3. Lugar, paisaje.
4. Límite, frontera.

Toda la culpa era suya. Como si el horizonte fuera el Dios de todas las líneas habidas o por haber. El horizonte, culpable de todo esto: creador maléfico de triángulos equiláteros, rey invisible de cuadriláteros, de octógonos y de extenuantes y aburridos ángulos rectos. El agujero negro a través del cual surgen (y siguen surgiendo) cientos de líneas sin parar: alborotadas, rectas, paralelas, entrecortadas, líneas divisorias, todas las noches.

4

Quizá sucediera por eso. Y en un día de mucha, muchísima lluvia.

Aquel director de orquesta, llamado Lionel, me invitó a uno de sus conciertos: *Konzert sinfonisch*, en Viena.

Yo estaba tranquilamente en casa, barriendo las baldosas del comedor y controlando, con gran esmero, una enorme gotera que caía formando una línea recta. Y estaba tan atareada con el asunto de la gotera que a mí me parecía, más bien, que esa gotera era parte de una condensación de lluvia de todos los países nórdicos del mundo. Lo cierto es que había momentos en que aquella gotera, descomunal, había estado a punto de aplastarme, había estado a punto de destrozarme la casa. Una amenaza constante, una lágrima de Goliat, una melancolía diluviana, que no me dejaba salir desde

hace meses.

Pero, sin duda, el *Konzert sinfonisch* era una ocasión para no perderse: un director de orquesta sin líneas imaginarias. Un concierto al aire libre y, a su vez, un concierto verdaderamente libre. Por eso decidí salir, asumiendo el riesgo de volver al día siguiente y encontrarme:

1. La casa encharcada.
2. La casa empapada.
3. O, peor aún, la casa inundada.

Las tres opciones eran posibles.

Aunque la última de todas (inundación) suponía para mí un gasto definitivo: el comprarme un bote, una canoa o algo parecido y tener que remar (dibujando líneas imaginarias en el agua) de una habitación a otra: de la cocina al dormitorio, del dormitorio al descansillo, del descansillo al trastero, del trastero al patio, del patio hasta la piscina.

5

Las seis y cuarto. El concierto iba a dar comienzo a las seis y veinte.

La historia continúa así:

Yo estaba expectante, sentada en una butaca, mientras al otro lado del escenario, sonaba un megáfono, un claxon y un grillo, todo a la vez. Aquello parecía (a ratos en broma, a ratos en serio) un concierto, un ensayo introductorio, una prueba de sonido, el caos avecinándose o las goteras que, desde hacía tiempo, golpeaban furiosas dentro de mi cabeza.

O puede que aquello que estaba sonando desde hacía unos minutos (grillo-megáfono-claxon) fuera realmente la música:

1. Melodía, ritmo y armonía, combinados.
2. Sucesión de sonidos modulados para recrear el oído.
3. Concierto de instrumentos o voces, o de ambas cosas a la vez.

Seguro que aquello era realmente la música. Aquello que se oía de lejos, como pasa con los susurros y con algunos pensamientos: hay que aguzar bien la mirada para que se aguce de forma simultánea el oído. Hay que agudizar el tacto para que se aguce el aparato respiratorio o para reactivar, de una vez por todas, el diafragma. Hay que aguzar el olfato para pronosticar algunos días de mucha, muchísima lluvia.

¿No predices de lejos una tormenta de arena, un diminuto copo

de nieve cruzando el espacio sideral?

Porque, indefiniblemente, podría haber sido (sin duda) aquello la música: un megáfono, un claxon y un grillo sonando todos a la vez: juntos, temblorosos y bastante descoordinados.

Y entonces yo podría estar en el interior de un sueño. Entonces podría comprobar que, en efecto, yo estaba soñando y que podría despertarme en cualquier momento de espantosa calma.

6

Opción 1:

Volver a la gotera. Y darme cuenta de que ahora eran dos: una pequeña y la otra gigante. Que se reproducen. Andar de nuevo, de un lado para el otro, con un cubo en la mano, por si cambia la trayectoria del agua (¿las goteras se mueven?) y verlas caer al suelo con la fuerza gravitatoria de dos mujeres suicidas (¿resucitan?), cada vez más frías, precipitándose a menos temperatura, cayendo a toda velocidad (se observa cierta violencia en su choque contra el suelo).

Opción 2:

Seguir allí, en el concierto de mis sueños, viendo al público abandonar la sala, abandonar los sueños. Al público no le gusta el espacio ilimitado y observo cómo abandonan la estancia con desaprobación.

(¿Dónde empieza y dónde acaba esto? ¿En qué pared está situada la puerta? ¿Por dónde se sale, por dónde se entra?)

Y se queda Lionel solitario, sin líneas imaginarias, que dirige una orquesta de músicos que suenan a grillo, a megáfono, que suenan a claxon o todo a la vez. O que suenan en un primer instante a grillo, unos compases más tarde a megáfono y el acorde final no es más que un claxon, que desafina la obra, en plena catarsis filarmónica, melódica y antimelódica.

Descontrol de tonos y semitonos.

(Pero, volviendo al tema de antes: ¿dónde estoy yo? ¿Dónde me encuentro?)

Opción 3:

En una butaca, en medio de un concierto, aguantando las ganas contenidas de gritar (porque esto no es más que un sueño y aquí se puede gritar con la amplitud ilimitada de los sueños). Así que me

levanto de la silla porque ya solo queda una docena de personas en la sala y porque no hay por qué tener miedo, no hay motivos para tenerlo.

Nadie me ve.

Nadie me espía.

No hay más que una docena de personas.

Por eso me levanto de la silla para gritar, para exclamar, por primera vez, que toda la culpa es del horizonte, que toda la culpa es del horizonte, que toda la culpa es del horizonte.

Porque si de lo que se trata en esta historia es precisamente de eso, de encontrar algún culpable, lo más seguro es que al final no haya encontrado nada: un maldito horizonte, un director de orquesta que ha fracasado, una casa inundada por dos monótonas goteras.

No hay indicios, no hay señales que expliquen qué es lo que sucede con tanto misterio, con tanta confusión. Y sin embargo todo está lleno de líneas imaginarias, que vienen y que van. Y de una música bastante extraña, sobrecogedora por las noches, en este día de mucha, muchísima lluvia.

El triunfo humano

Yo quería ir en la dirección opuesta.

T. Bernhard

Al final, fui al crucero con Camila. Porque me invitó. Me estuvo machacando día y noche con el crucero; el maldito crucero y las hermosas islas griegas. Y tuve que ir. Todo pagado. Barra libre. Solteros de categoría. Y una cantante, sobre el escenario, entonando canciones melódicas.

—Beberemos margaritas. Y bailaremos el twist, como cuando éramos jóvenes. Acuérdate de meter una minifalda en la maleta. Pero que sea una minifalda. No me vengas con un trapo hasta las rodillas. Y un top, también, si todavía conservas alguno. Recuerdo, hace años, cuando te ponías purpurina en el escote, refulgías y estabas tan...

Camila es la amiga más pesada que tengo. Con diferencia. Al principio, me reconfortaba escuchar sus historias, sus blablablá permanentes, esa música doméstica que tapaba mis traumas, uno por uno, gracias a su monotonía de tractor de granja. Escuchar a Camila era mi refugio. No había silencios. El canto de la chicharra, la acústica de los iglús. Me la presentó una amiga de una amiga en una fiesta de disfraces. Ella iba vestida de Marilyn y yo de Capote. Fue una coincidencia demasiado extraña. Y claro, bailamos:

—Me gusta la literatura —quise contarle.

—Y a mí el acordeón —contestó ella.

Desde ese momento, no paró de hablar. Empezó a encadenar anécdotas que no acababan nunca, con detalles pomposos e ingenuidades sobre las focas marinas, el temblor de las motosierras, el Triángulo de las Bermudas o la mecánica de su ascensor.

—Si la humanidad se alimentara de insectos (¡hay tantos comestibles y nutritivos: abejas, saltamontes, polillas!), se acabaría el hambre en el mundo.

El caso es que a mí me cautivaba su cercanía, la idea de saberme por siempre acompañada, como quien no pierde nunca a una madre; por milagro, devoción o locura, durante toda su existencia. Esa sospecha, mezclada con esponjosas copas de vino y frases

cándidas y triviales, me descubrió que soy de las que prefiere el aburrimiento a la angustia. Y eso es un gran descubrimiento. De hecho, cuando se descubre eso, se descubre casi todo.

En el crucero había treinta guardaespaldas. Corría el rumor de que viajaba junto a nosotras una actriz de moda, una mezcla entre Isabella Rossellini y Gloria Swanson, que no pasaba por su mejor momento. Estaba intentando desintoxicarse. Se llamaba Luna Spring.

Yo tenía curiosidad. Me impresionaba viajar con una actriz de moda. Era lo más cerca que podía estar del estrellato, de la anormalidad, del éxtasis, del triunfo humano.

Camila pasaba las tardes probándose ropa. Me suplicaba que no la dejara sola. Además, necesitaba mi opinión. Yo era la única que la escuchaba. Por lo tanto, tenía que quedarme con ella, viendo cómo aplastaba su cuerpo con blusas semitransparentes, camisas estampadas y jerséis lanudos. Se desnudaba sin vergüenza y el sostén se balanceaba sobre su cuerpo ametrallado, de mujer que ha superado los cincuenta y ha sufrido cuatro operaciones, tres rupturas, dos abortos y una especie de síndrome de Diógenes. Eso fue lo peor, lo del síndrome. Le dio por acumular pajareras hexagonales, cacerolas, embudos, ataúdes y una bañera para minusválidos. Todo estaba vacío y contenía la nada.

Entre camisetas y pantalones, pasaba la vida. Yo la escuchaba allí fuera; la vida destilando sustratos químicos. Siempre he oído la vida al otro lado de la puerta. ¿Por qué los hechos palpitantes suceden justo al otro lado? Cuando lograba traspasar la puerta y alcanzar el bullicio, las conversaciones sonoras, las arritmias emocionales, los bailes oníricos, los torrentes de lava, las orgías silvestres ya habían finalizado. Soy como el interruptor chapucero que apaga la luz. Con mi presencia, se acababa el frenesí. En esos momentos sombríos, Camila se agolpaba a mi lado, tan fiel y bonachona que, a veces, me hubiera gustado lanzarle un escupitajo.

A la famosa actriz, Luna Spring, la encontré en los servicios del barco. Estaba ensayando un guion ante el espejo y hablaba en voz alta. Dramatizaba, se enfurecía, se despeinaba, se volvía a peinar y gritaba hasta los confines. Rayos y centellas. Yo no supe qué decirle porque, antes de nada, ella me interpeló:

—Me ha tocado un personaje muy femenino.

Y abandonó el servicio con una sonrisa pletórica, casi de felicidad.

Lo cierto es que me pareció que aquella actriz no estaba tan mal. Su cara no denotaba tristeza. Tenía los ojos despiertos y brillantes, pese al duro proceso de desintoxicación y a sabiendas de que estaba trabajando en un guion complicado. Camila y yo dábamos más pena. ¿Qué es lo siguiente a la pena? La lástima. Nosotras éramos la lástima errante, deslizándonos por la cubierta del trasatlántico.

¿Cuánto tiempo tendríamos que seguir así? ¿Años, siglos, decenios?

Casi siempre nos dejábamos llevar por la letanía, el fulgor de las olas, la espuma transitoria, el chillido de las gaviotas. El mar centelleaba y su brisa era un remedio curativo muy natural. Mis ojos se habían achinado de tanto mirar al horizonte y nuestras melenas se entrelazaban con el revoloteo del viento. Camila tenía una cámara de última generación y fotografiábamos cosas a la deriva, pequeños detalles sin importancia. Por ejemplo, un trozo de pan carcomido.

—¿No está prohibido lanzar mendrugos al mar? —me preguntaba Camila mientras yo miraba hacia el lado opuesto, completamente hacia el otro lado.

La segunda vez que encontré a Luna Spring fue en el restaurante. Por descontado, yo no le decía nada a Camila sobre mis encuentros fortuitos. Me gustaba tener mi propio espacio e investigar por mi cuenta. Me excitaba, en el fondo, vivir en paralelo, como una detective que descubre el mayor crimen de la historia. Quería experimentar esa fantasía o, simplemente, meterme en líos, pues eso ya es vivir.

Le llevé un café a Luna Spring y ocupé su misma mesa, con calma. Al principio parecía cansada, con las cejas arqueadas, pero en cuanto me presenté ante ella cambió su expresión: se convirtió en una mujer risueña, tan sensual que daba gusto haber madrugado para llevarle un café.

—Eres Luna Spring —señalé—. La famosa actriz.

Ella removía el café sin hacerme caso.

—¿Qué tal tu nueva película? ¿A quién vas a interpretar?

—A una defensora de la donación de óvulos —contestó con dejadez.

Enseguida me fui. Luna Spring me sonrió mientras me iba y yo noté que empezaba a gustarme el mar.

Cuando regresé al camarote, encontré a Camila alterada, con una gran cantidad de trastos a su alrededor, revolviéndolo todo con un tic nervioso. No podía mirarla sin reírme a carcajadas.

—Ah, ya veo que te parece gracioso —me soltó ella—. Te has ido y mira lo que ha pasado.

Camila había llenado el camarote con montones de salvavidas, tubos, paraguas, un disfraz de sirena, las muletas de alguien, un botella con plancton, sillas plegables y un pez de plástico que si le tocabas la aleta cantaba: «Don't worry, be happy!».

—Al menos eres consciente de tu propia enfermedad. No estás tan mal.

Camila y yo comenzamos a clasificar aquellos objetos, colocándolos en rincones separados, para poder devolvérselos a los ocupantes del barco.

—¡El plancton! —gritó de repente mi amiga—. ¿Qué haremos con el plancton?

¿El plancton?, me pregunté a mí misma.

—El plancton lo tiraremos al mar —respondí con firmeza.

—¿Y cómo sabremos que no ha muerto? ¿Tú ves algo? —continuó ella con tono alarmado—. Es un organismo vivo.

—Yo veo una botella de agua y una etiqueta que pone «PLANCTON» —dije malhumorada—. Lo tiraremos al mar.

—¿Y si se desintegra? —me instigaba mi amiga—. ¿Qué haremos entonces?

—Si pasa eso —concluí yo—, no podremos evitarlo. Ahora que lo pienso, tú te pareces mucho al plancton.

Como la situación estaba empeorando entre nosotras, abandoné el camarote para que Camila no hablara más. ¿Por qué siempre dialogábamos sobre cosas intrascendentes, estúpidas, pasadas de moda y alejadas de la modernidad? Así llevábamos veinte años, hasta el hartazgo. Mi destino estaba mutilado desde aquella fiesta de disfraces.

Mientras meditaba sobre esto, apareció Luna Spring por el pasillo, rodeada de guardaespaldas, exhibiendo su voluptuosidad. Era una visión esperanzadora entre tanto turista nórdico. A pesar de que ya nos conocíamos, no me saludó. Ni un solo gesto. Pero pude ver que se metía en el camarote contiguo al nuestro. Éramos vecinas, y esa noticia provocó que me sintiera tan poderosa como un ave rapaz.

Camila devolvió todos los objetos —menos el plancton— a sus dueños, pidiendo perdón de antemano, con lágrimas en los ojos, explicando que era víctima de una enfermedad rara, sin

medicación. El hombre al que le faltaban las muletas se lo agradeció mucho y le dio su número de teléfono, por si un día de estos. Por si mañana, por ejemplo. Aunque el que más se alegró fue el que recibió el pez cantarín.

—Es un recuerdo de mi infancia —gimoteó emocionado.

Aquella noche abandoné a Camila, pese a su insistencia. Estábamos tomando copas en la barra del restaurante y desaparecí. Mi amiga se quedó sentada en un taburete, dando sorbos tristes a un Bloody Mary. Yo me dirigí hacia el camarote de Luna Spring. Me quedé en la puerta, con la oreja pegada, escuchando a la actriz hacer el amor con alguien. ¿Con el hombre sin muletas? ¿El señor del pez cantarín? Cualquiera de los dos era posible, pero se notaba que sus orgasmos eran simulados. Exageraba los gemidos. Piropeaba al hombre —quienquiera que fuese— con un alarido animal. Se quedaba, a propósito, sin respiración. Generaba espectáculo mediante golpes, furia y estrépito de joyas. Se intuía sexo tántrico. Y un sonido textil, de tacones y cremallera.

Me quedé un buen rato —dos horas— con la oreja pegada. Todo sucedió de forma gradual: de los gritos pasaron a los besos, de los besos a los ronquidos, de los ronquidos a los murmullos y de los murmullos a un silencio distante. Me sentía tan bien. Hacía tiempo que no me dejaban en paz. A decir verdad, nunca me habían dejado en paz. Desde pequeña intenté alejarme de la gente, pero ellos venían y me preguntaban cosas. Yo también tenía muchas preguntas, y, entre órdenes y respuestas, no me daba tiempo a formularlas. Me preguntaba cuándo podría hacerlo, en qué contexto. La primera pregunta de mi vida, la fundamental, «¿Por qué me castañetean los dientes?», todavía sigue anclada en mi garganta. Y duele igual que una inflamación.

Intenté disfrutar de la intimidad que acababa de robarle a Luna Spring. Tras las puertas se consiguen pequeños éxitos. Eso se aprende en el cine, en la ópera, en las cárceles, en los palacios.

Justo cuando iba a entrar a mi camarote, me llamaron los de seguridad. Camila se había intentado suicidar. Se había tirado por la borda en mitad de la noche. Por suerte, alguien la divisó a lo lejos y pudo avisar al socorrista. Me pidieron que fuera con mi compañera, que me quedara a su lado para que se tranquilizara.

—Es la mejor medicina para ella —me convencieron.

Pero cuando vi a Camila no sentí ninguna lástima. Ni un pequeño retortijón. Tampoco tuve dificultad para tragar saliva, ni para atarme los cordones, que llevaba sueltos. Ni un atisbo de amargura, algo que empezó a preocuparme. ¿Veinte años de

amistad y no sentía una migaja por ella, ni un solo gramo de nada? ¿Estaba sentimentalmente reseca?

Camila decía que era culpa del plancton. Que estaba lanzando el plancton al mar y se cayó. Que lo tiró con mucho cuidado, pero no tenía visibilidad suficiente, pues el océano lucía oscuro y desolador. Que aquello no era un suicidio. No era lo que pensábamos. Que no estaba loca. Que tenía enfermedades vertiginosas, eso era cierto. Y poco equilibrio. Episodios de vértigo y un mareo atroz —diabólico — que se manifestaba casi siempre por la noche y le hacía sentirse como un pájaro tiroteado. No es que fuera tonta, sino que iba mareada por el mundo y le interesaban asuntos insignificantes, como el plancton luminoso. Y que amaba la vida, que ella amaba la vida, por encima del crucero, las nuevas tecnologías, el trabajo puntual, las ninfas y el escorbuto.

Camila me apretaba fuerte las manos. Me las estrangulaba. Estaban terriblemente azules, con restos de algas colgando. ¿Qué quería de mí? ¿Qué me suplicaba con sus gestos? ¿Qué desea alguien que te agarra tan fuerte, que te estruja, sabiendo que estamos hechos de carne fría y blanda?

Durante unos minutos dejé que se desahogara contra mi cuerpo. Aguanté su abrazo frenético, sus poros mezclados con los míos, las arrugas profundas, su temperatura corporal, que subía y bajaba, con espasmos, tics nerviosos, tembleques y un hipo grave que retumbaba en mi oído. El vello de su cuerpo estaba empinado, clavado en mi piel, y las costras resecas —dermatitis, supongo— a la altura del hombro se despegaron y empezó a brotar una sangre antigua y densa, que goteaba en mi brazo. Todo aquello (más los estornudos, las mucosidades, la alergia, su aliento a centollo, la respiración violenta) hizo que no pudiera sostener por más tiempo ese abrazo.

Me fui corriendo. Corrí por todo el transatlántico, dando vueltas por las terrazas, esquivando a familias y recién casados, hasta que llegué al camarote de Luna Spring. Ni siquiera llamé a la puerta. Entré. Se estaba retocando las mejillas y, por primera vez desde que subí a bordo de este bote inconcluso, dije una frase clara y sencilla:

—Enséñame a fingirlo todo.

Cualquier cosa viva

1

Parece ser que Marvin se estremece ante la luz solar.

Lo primero que se ilumina de él son sus grandes cuencas negras. ¿Será que el esqueleto Marvin funciona en horas extraescolares como esos robots automáticos de la limpieza que se accionan a la hora programada y se desprograman mucho después?

El esqueleto Marvin, que debe de tener más de cincuenta años, que debe de haber visto más de mil lluvias diferentes. La de veces que he bailado con él, arrastrándolo a lo largo del pasillo de la planta cuarta. La de veces que lo he metido en el baño de los profesores, en el interior de la capilla ardiente, o al final de aquel sótano, frío y húmedo, donde agoniza, todos los días, una máquina de refrescos descongelada. O aquella tarde de jueves en que se nos cayó al idiota de Luk y a mí por la ventana.

Marvin, cuatro pisos abajo.

Hubo que reconstruirlo, hueso por hueso, encajarle en el centro de la cara una amable sonrisa, atornillar cada falange de sus dedos, equilibrar su desastrosa mandíbula, fijar con pegamento cada una de sus vértebras y pintarlo de nuevo, muy luminoso, para que no se sintiera tan débil y derrotado; un esqueleto roto por todas las partes de su cuerpo. O aquella última vez en que hubo que enderezarlo, ponerlo en pie, mirando al frente.

2

Hace ya mucho tiempo.

Marvin fue un tipo corriente, un guardia de seguridad que murió a causa de una complicación del hígado, y al que utilizaron luego como esqueleto para dar clase de biología. Un guardia de seguridad que vigilaba la nada, todas las noches, en un garaje a las afueras de un pueblo: veintinueve habitantes y trece perros guardianes. En ocasiones confundía los sonidos de la noche con turistas extranjeros y se despertaba como del sueño eterno de su infancia, con un

bolígrafo resbalándole entre los dedos.

—¿Petra, estás ahí?

Abría con dificultad los ojos, gradualmente, como cegado por una luz violeta que ya no existe.

—¿Petra?

Y volvía a cerrarlos luego, todavía cegado por esa luz violeta que ya no existe.

Algunos cuentan que Petra se perdió dentro de aquel laberinto de alcantarilla. Nocturno, subterráneo. Petra se desvaneció un día. Era medianoche cerrada y ya no se supo más de ella. A partir de entonces, Marvin jamás se separó de las cámaras de seguridad. Estaba siempre observando si se movía algo dentro de los pequeños televisores, todos de igual tamaño. Se pasó la vida rebobinando cintas de vídeo, de aquí para allá, de un lado para el otro, con un mando a distancia.

Un zapato color granate, una falda tableada. ¿Petra? ¿Era acaso su hija? ¿Su mujer?

Hasta que Marvin se murió debido a una complicación en el hígado. Lo último que se sabe de esta historia es que Marvin la recordaba así: balanceando, con un leve tintineo, un bolso difícil de clasificar, de un color oscuro, entre el azul y el negro.

3

Desde que me quedé encerrada en el aula de biología junto al esqueleto Marvin, no dejo de imaginarlo junto a la explicación de los huesos de la señorita Norma. Fuera del horario escolar. Muy lejos de aquí. Viviendo como esqueleto, con sus chasquidos óseos entre el desayuno y la cena. Su fragilidad, aún después de la muerte. El temor insoportable a caerse de espaldas, que no desaparece nunca y lo agita durante las madrugadas como un viento helado.

Esqueleto Marvin, una advertencia: nunca te compares a una mujer desnuda.

Lo contemplo ahora, sirviendo bebidas en la fiesta de graduación. El camarero fúnebre que, con los brazos repletos de joyas, atiende a los invitados y, con mucha elegancia, sirve brandys mientras va cumpliendo muertes y más muertes en una clase de biología de un colegio de extrarradio.

En las clases no miraba a nadie en particular, con tanta juventud corriendo y revoloteándole los huesos.

Ni siquiera al idiota de Luk, deslizándose por el pasillo, siempre en patinete, dejando a su paso una estela flotante de adrenalina y feromonas. El idiota de Luk en su bólido espacial. No, ni siquiera lo miraba a él. Pero hoy me mira a mí, directamente, y su mirada es penetrante. Un esqueleto que desea cuanto antes una piel nueva, para recordar cómo era eso de acariciar, por las noches, una mejilla sin ninguna arruga. Para recordar cómo se le erizaba el vello cuando entraba una mujer rubia en el garaje.

4

Todavía estoy soñando. Puedo oír de fondo un grupo de grúas comiéndose una montaña incendiada. Dos nubes que se solapan. La hierba que vibra y luego languidece. Y, más cerca de mí, la voz de la profesora Norma, clasificando por tipos:

1. Moléculas unicelulares.
2. Moléculas pluricelulares.

Ella continúa con la lección. Nadie se ha dado cuenta de que falta el esqueleto Marvin, firme, con sus cuatro ruedas en cada pie, en lo alto de la tarima. Nadie se ha dado cuenta de que está en mi sueño, metido, como la muerte se mete en las casas, en los dormitorios, en el borde de las aceras donde se agolpan enormes puñados de ramos de flores, unos encima de otros, formando un ecosistema de otoños secos, sauces distraídos y monótonas grietas.

Esqueleto Marvin: tienes las rodillas triangulares.

Justo ahora me acuerdo de esas flores amarillas que, con inexplicable rapidez, se marchitaron alrededor de una señal de tráfico.

Por favor, gire obligatoriamente a la derecha.

Por favor, haga lo que indica la señal.

De las flores amarillas ya no queda ni rastro. De los muertos, tampoco.

Tan solo un esqueleto.

Quiero despertarme. Volver a las moléculas unicelulares. A mis compañeros, todo.

¿Nadie echó en falta mi perfume? ¿Tampoco mis bostezos entre frase y frase? ¿Ya no estaba allí con ellos? ¿No ocupaba, como cada tarde, mi espacio físico habitual?

Quizá la muerte sea esto. Un esqueleto que me sueña muy profundo a altas horas de la noche. Quizá la muerte sea un pupitre

garabateado de estudiante de 4.º B.

¿Todavía debe de ser viernes? ¿He traspasado la franja horaria en la que nadie recuerda ya nada de las clases y comienza el fin de semana?

5

Señales de que algo está vivo:

1. Se mueve.
2. Parpadea.
3. Tiene una sombra a su alrededor.
4. Traga saliva, tiembla, respira.
5. Sufre un leve picor de espalda.

Siempre me había dado la sensación de que el esqueleto Marvin estaba incómodo, en su pose tan perpendicular. La cabeza encorvada, mirando directamente al suelo, los brazos rectilíneos, las vértebras ondulantes, a todas horas bostezando.

Una figura inservible, un trozo de plástico colgado de una percha gris.

Me acerco, en silencio.

Está demasiado pálido el esqueleto de enseñanza secundaria. Reflejos de luna le maquillan con suavidad el cráneo, ninguna cicatriz a la vista. Imagino que sería un buen lugar donde construir un nido de gorriones, o quizá podría resultar algo indecoroso para Maximilian, el jefe de estudios.

Esqueleto de escuela. Cráneo vacío de tiempo.

Posiblemente funcionara mejor como muñeco espantapájaros, en campos elíseos, frutales. Quién tuviera habilidad para espantar a los buitres sin tan siquiera un pestañeo. Me acerco más. Tiene una mancha muy cerca del esternón. Barro, sangre, mercromina. Me quedo mirándola. Es una mancha atípica de mantel de cuadros, en un esqueleto sucio, polvoriento, como el de Marvin. Una hormiga zigzaguea entre sus costillas. Busca algo entre el desierto óseo, desnudo, del esqueleto Marvin. Una miga de pan, la arena dorada de los insectos. Insectos en el cuerpo, dentro del cuerpo, aleteando muy fuerte, y una telaraña que va desde el húmero hasta la rótula, desde la rótula hasta los talones, desde los talones hasta la pared y allí acaba, majestuosa y redonda, formando algo así como una tumba en espiral.

Entre la tela de la araña, una mariposa que agoniza. Ni rastro de la araña. Pero volviendo al cuerpo del esqueleto Marvin:

1. Dos garrapatas.

2. Una reacción alérgica al polen.

—¿Petra?

Alguien ha abierto la puerta. Una ráfaga de viento rebota contra los cristales de las ventanas del aula y las hace temblar. El pasillo ilumina la habitación. Vienen a buscarme. Son Maximilian y la profesora Norma. Les acompaña el idiota de Luk.

¿Qué haces aquí?

Estaba a punto de besar en la frente al esqueleto Marvin. De abrazar toda esa cantidad de huesos juntos, que se encogen por la noche, que destiñen durante el día, que se pudren despacio, disimuladamente, con reformas y más reformas, con pinceladas de pintura blanca y largos baños de barniz al agua.

1. La descalcificación de un hueso en un lugar que no le pertenece.

2. El castañeteo acelerado de una dentadura postiza.

3. La muerte inamovible y blanca que desespera en un colegio de extrarradio.

Pero eso no se lo puedo decir ni a Maximilian ni a la profesora Norma. Ni siquiera al idiota de Luk.

—No estaba haciendo nada.

De fondo, las grúas han destruido por completo las montañas incendiadas. El paisaje es otro. Está a punto de atardecer. Vuelan restos de cenizas volcánicas. Pasa un avión que alborota las formas de las nubes. Hay cierto malestar, inexplicable, en el cielo. Desde hace algunas horas, graznan muy fuerte las cornejas.

Salimos los cuatro del aula de biología, la profesora Norma, Maximilian, el idiota de Luk y yo.

El esqueleto Marvin se queda allí solo, anclado.

Introducción al relámpago

Yo me sentía francamente inútil. Hubo una época así, de inutilidades varias, de quedarme pelando a medias una zanahoria o de quitar pelusas al felpudo. Las horas pasaban como pasan las ecuaciones, los festivales de Eurovisión o la varicela. Un día parecían envejecer los autobuses y otro me resultaban irresistibles. Sin mucho que contar, yo iba viviendo de inutilidad en inutilidad, esperando el gran momento de hacerme útil. Una vez pensé que sería a los seis años, que ya sabía escribir, que entendía las películas para niños y me rompía los ojos con las de los adultos.

Mi primera escapada fue en versión original, de la mano de un tal Belmondo. Meses más tarde, me pusieron gafas. Y entre las gafas y nuestra tercera mudanza, me explicaron el significado de la palabra «ficción».

«Ficción» es una cosa que no existe.

Pero no me hice útil a los seis años, ni a los siete, ni a los nueve, ni tampoco a los veinticinco. Y, sin embargo, seguía esperando aquello, como una menstruación invisible, porque en la vida no nos queda otra que esperar momentos, de pie o sentados, depende de la suerte que se tenga, mientras crecemos un metro o dos triángulos rectángulos, recordando siempre que todo es hereditario, rellenando inscripciones y lavándonos los dientes con cepillos recargables. Sucede, además, que vamos cambiando de mascota y no encontramos ningún lugar para situar al perro demasiado grande que nos hemos comprado.

Es muy cierto, sin embargo, que la vida también deja margen, se ensancha y se amplía para estas inutilidades. Y no solo eso: las inutilidades pueden derivar en inutilidades de inutilidades. Por ejemplo: buscar tréboles de cuatro hojas o contemplar durante horas un paisaje. Las inutilidades enganchan, se multiplican y se superponen sin cuidado y sin final, hasta que un día llega la inutilidad última de todas las inutilidades que consiste en quedarse inútil de nuevo, pero sin pulso y un poco pasmado, más quieto que de costumbre, pegado a una alambrada de metal o saboreando algo

que recuerda a un cóctel de frutas.

Entretanto, mientras me escapaba con Jean-Paul Belmondo, lo noté. Una presencia extraña. No era el espíritu de mi abuela, como suele pasar. No era mi sombra, lógicamente. No eran mis alucinaciones, que es lo más farmacéutico que suele pasar. Tampoco era un ladrón, que es lo más decepcionante que suele pasar. Era un fotógrafo; alguien que se dedicaba a hacer fotografías en la oscuridad y recorría sin rumbo los pasillos de mi casa. Cada vez que enfocaba a la oscuridad para hacer una foto, se volvía hacia mí. Solo podía saber de él, adivinarle, a través de sus continuos flashes.

Primer flash:

Yo, al principio, me escondí en el hueco del lavavajillas. Es decir, en mi casa desde hace años (todavía no había nacido o ya estaba viva, nunca me acuerdo) hay un hueco. Por ese motivo, aquí no vive nadie más que yo; por culpa de un hueco que se construyó para un lavavajillas. No puedo explicar más sobre el tema porque no hay muchas explicaciones posibles: a veces, sin planearlo, hay un hueco. A pesar de estar escondida, yo seguía viendo esos flashes y me daba miedo que él me fotografiara así, de aquella manera, con las rodillas tan juntas. Parecía el tronco de un sauce. Un sauce dentro de un lavaplatos. Así que decidí salir de allí y esquivar al fotógrafo, mientras él seguía haciendo fotos inútiles. Yo huía inútilmente y todas sus fotos eran inútiles. Era inevitable pensar que un día nos íbamos a deslumbrar, pero todavía no. Las cosas son así: tienen su debido tiempo, su debido espacio, que deben coincidir debidamente.

Lo demás es ficción.

Siempre he imaginado el espacio-tiempo como un caballo corriendo por la Luna, en vez de imaginarme a un hámster en su pegajosa ruedita. Un caballo desbocado, Luna arriba, serio, temerario, al trote y al galope, zancada tras zancada, como un loco que relincha mientras pisotea cráteres grandes y pequeños: eso es lo que yo llamo una introducción al relámpago, una introducción a la vida.

Lo importante es que aquel fotógrafo era inútil y yo también. Eso es lo importante ahora. Y los dos coincidimos, como un caballo que pisotea cráteres en Mercurio y otro que los pisotea en Saturno, pero todavía no nos pisoteábamos el uno al otro, que se diga, porque yo

acababa de salir del hueco de un lavavajillas, como quien sale de una madre, y él acababa de salir de la nada, o de una campana extractora de humos, que es lo mismo que la nada o muy parecido.

¿Cómo sobrellevar la situación? A mí, por una parte, me entraron ganas de llorar, viéndolo allí, con su gran colección de fotos oscuras. Eso sentí por una parte. Por la otra, también me entraron ganas de llorar, aunque fuera inútil. Y si estuviera dividida en más partes, en más moléculas o en más tejidos nerviosos, también querría llorar. Aunque las lágrimas sean una opción inútil, cada vez más inútil, hay que tragárselas. ¿Y cómo se hace eso? Así, por la boca, con suavidad. La lágrima se desliza por el túnel de la garganta y, como si fuera un suicidio acuático, desciende hasta desvanecerse en las tripas. A partir de ese punto, ya no se sabe qué es lo que pasa con algo tan delicado. Si se rompe o qué. Si desaparece, cómo. Si se multiplica, por cuánto. Si desemboca, dónde.

Qué más da.

Las lágrimas las inventaron las cebollas y no el amor. Eso decía mi madre, que lloraba por culpa de una cebolla que se le resistía. Una cebolla con la piel áspera, picante y andrajosa, que todavía sigue ahí, llena de moho, cerca del fregadero, como un recuerdo. Algunos tienen una foto de su madre y yo tengo una cebolla, eso es todo lo que quería contar, no tiene más importancia.

En fin, que estoy acostumbrada a tragarme las lágrimas, que también es un oficio inútil. Creo que podría hacer un máster acerca de eso. Escribir mucho sobre el tema, hasta agotar el papel, la tinta y las entrañas. Podría haber sido científica. A los trece años me regalaron un microscopio y me gusta analizar las lágrimas de cerca. Diseccionarlas, dividirlas en dos, en tres, o en cuatro lágrimas de nada. Aplastarlas, soplar sobre ellas y removerlas. Medir su temperatura, comprobar si tienen fiebre, si están sanas, si relucen. Confirmar si siguen vivas, si agonizan, si respiran, si brillan, si se evaporan. Establecer una diferencia significativa entre las que ruedan por la mejilla y las que se desprenden directamente de una pestaña hacia el suelo terráqueo: adiós tan rápido. Sexo femenino o masculino, quién puede saberlo. Quizá dependa del grosor, de la transparencia del iris o de una pupila mirando al sol un poco pálido.

Segundo flash:

Un día se abandona el hueco (el mío es el del lavaplatos, pero

podría ser cualquier otro) y se anda medio difuso por ahí. Yo, al contrario, andaba concentrada: cada paso merece un pequeño, silencioso aplauso. Y mientras pegaba las suelas a las baldosas, pensaba en los fogonazos de una cámara que me había hecho reaccionar, salir y volver a la vida real.

La ficción no es palpable, me había apuntado en un cuaderno de tapas verde.

La verdad es que aquí el verano escuece, se amontona y se puede masticar. Primero sabe a guirnalda, luego a compota de manzana y finalmente a nuez. Así es el verano. Es como si el sol estuviera desnudo y estallara en mil gritos amarillos. Las lágrimas cambian de tamaño y se deshacen. Apenas aguantan con su forma de lágrima y se convierten en una gotera sucia, en un pegote humano que de nada vale. ¿Quién se cree que eso ha sido alguna vez una lágrima?

Pero no hay que desistir por tener un proyecto inconsistente. Y menos aún por tener un proyecto inútil. Y todavía menos si se juntan las dos cosas, aunque solamente sea para llevarle la contraria a una época de materialismo didáctico, manicuras francesas y trastornos intestinales.

Tercer flash:

Hoy nos hemos encontrado en mitad de un flash. El fotógrafo y yo. A él se le ha caído la cámara y a mí los frascos de lágrimas.

Su cámara es una especie de caja, envuelta en cartón. En el centro tiene un foco lunático. No es una cámara al uso. Está mirando siempre hacia arriba, como si no tuviera otro *punto de vista*. Incluso cuando se ha caído al suelo, se ha quedado apuntando al techo.

Y luego ha estallado el tercer flash.

Así, tan de repente, hemos llegado hasta aquí. De improviso. Está claro que me he perdido. Es difícil recuperarse, ponerse en pie, teclear muy rápido la palabra «flash», volver a ponerse en pie, y teclear, acto seguido, la palabra «encuentro» y teclear, segundos después, otra cosa y otra cosa más, causa desmayo, sobreexcitación y asombro: yo me llamo Dana y él es Ros.

Además de realizar fotos oscuras y desenfocadas, Ros es vendedor de plantas carnívoras. Las recoge directamente del Amazonas. Las

alimenta y las riega con ácido sulfúrico. También me ha explicado que tiene su puesto de plantas carnívoras situado entre dos multinacionales.

Dicho esto, me ha regalado una planta que he situado junto a la cebolla que una vez intentó pelar mi madre, sin mucho éxito. La planta no confraterniza con la cebolla y la cebolla tampoco confraterniza con la planta. No se acercan la una a la otra ni un centímetro.

Es un fracaso de difícil solución.

Espero que el puesto de Ros siga ahí, con todas sus plantas llenas de pinzas y tentáculos venenosos. Que aguante durante siglos entre esas dos multinacionales. Y que sus plantas crezcan sanas, con su exoticidad, su amargura y *todas sus facultades intactas.*

Cuarto flash:

La alegría de enamorarme de Jean-Paul Belmondo.

Eso todavía no lo he contado. No formará parte de mi tesis, no es aplicable. Ahora lo guardo como un secreto, porque es un personaje de ficción y la ficción la puede volver loca a una con sus idas y venidas. Pero yo me enamoré por primera vez de un dibujo blanquinegro de otra época. Me engancharía a su espalda si no pesase más de cincuenta y cuatro kilos. Ya no soy una niña ni nada que se le parezca. Una crece y está necesitada de relámpagos. Una crece y decide enmarcar cosas importantes. El marco es el primer ataúd que intuye la tumba, horizontal, vertical. En resumen, es el espacio que delimita el contorno. En teoría, es lo que nos sitúa, por primera vez, en un estante.

Un marco es un televisor familiar.

Una crece y enmarca a sus tíos y a sus padres y a sus abuelos. Y también enmarca a sus amigos, que luego cambia por otros amigos, ni mejores ni peores, sin plantearse muchas cosas, porque sería agotador, un adiós inabarcable. Aquí, en el planeta azul, son igual de tristes las cosas que acaban y las que no acaban. Uno no sabe lo que prefiere, si comprarse un sacapuntas o una chirimoya. Uno crece y desearía sonar, a ratos, como las *Variaciones Goldberg*, vivir dentro de su partitura, y como no puede, las tararea casi siempre bastante mal, que es el mayor homenaje que puede hacerle a unas variaciones así. Y otras veces enmarca a personas que nunca ha conocido, pero que le emocionan más que personas que sí conoce. Nick Cave o Rainer Maria Rilke. Un cocodrilo llamado Felisberto. Hay personas que consiguen olvidar a sus personajes de ficción

hasta olvidarse de sí mismas. Ada en Ardis Hall o Alicia en su misterioso Wonderland. Y entonces se vuelven majaretas, un poco testarudas, como las gallinas, a las que de repente les falta una pluma y ya no controlan parte de su vida. Se puede prescindir de una cresta, de un coágulo, de un escalofrío de silicona, de un pico e incluso de una pala. Pero no se puede prescindir de una pluma menos.

Una pluma menos es motivo suficiente para montar un escándalo.

Quinto flash:

Hoy Ros ha fotografiado todas mis lágrimas. Al unísono. De golpe. Al aumentar el zoom, dice, ha visto un desierto estelar.

Ahora quiere exponer las fotografías en un museo. Mis lágrimas brillan en la oscuridad como cometas lejanos.

Nadie escapa de una fotografía. Es difícil escapar de ella, tanto si eres el ser más desgraciado y desnutrido del planeta, como si eres el campeón del mundo de ajedrez.

Y si eres como yo, ni campeona, ni tampoco te ha caído una bomba en casa, te fotografiará otra persona.

La vida sucede, se ramifica, se exhibe delante de una cámara, invariablemente, entre el triunfo y el terror. Lo de en medio es la espera. Y lo de más allá es el amor. La lágrima oscila entre todo eso, como un reloj de cuco que viene y va, con la hora mal puesta y el relojero, miope, que piensa en su jubilación. El fabricante hace un año que vive en Suiza. El diseñador está inventando un reloj sumergible. El cuco, por su parte, hace su trabajo, con un ala o un muelle roto, qué más da.

Sexto flash:

Ros ya ha fotografiado setecientas cincuenta y ocho de mis lágrimas. No sabía que tuviera tanta tristeza acumulada. Mientras las fotografiaba, me he acordado de la cebolla de mi madre y de Gary Kaspárov. También me he acordado de Jean-Paul Belmondo, cruzando la calle Campagne Première con un tiro en el pecho. Y de una vez que me desmayé, tecleando: «Nada diferencia los recuerdos de los momentos habituales». Ya no puedo llorar más, no me responde el sentimiento, y Ros ha ocupado toda la memoria de su cámara, que se ha humedecido, flota en la bañera, tiene forma de lenguado. Ros opina que las imágenes de mis lágrimas se confunden

con las del espacio. Como si la Tierra fuera mi ojo. Como si la Vía Láctea fuera mi córnea. Como si mis pestañas fueran microorganismos marinos. Ha convertido mi globo ocular en un paisaje vivo, en una atmósfera alienígena, secreta.

Llegados a este punto, ya no sabemos qué hacer a continuación.

La ficción no es rentable.

Séptimo flash:

Nadie parece estar interesado en mis lágrimas, ni tampoco en las fotos de Ros. Por qué va a interesar eso. Para qué sirve. Ahora tiene una tienda de bonsáis, las plantas carnívoras se murieron todas, la cebolla de mi madre sigue viva. Y es que la inutilidad se acrecienta por todas partes y una se arruga con el tiempo y pierde densidad ósea y se le agrietan los labios y se le pone cara de descampado. En la intimidad, lloro con menos frecuencia o me provoco el llanto sin saber por qué. Antes me gustaban las azoteas y ahora no. Verdaderamente, en mis ratos libres no sé si leo cuentos de Grimm, ensayos bíblicos o un manual de primeros auxilios. Lo confundo todo. Me falla la vista, subrayo frases con un lápiz afilado. Sigo leyendo a la luz de un farol: la bombilla es de bajo consumo y me calienta el hombro. De vez en cuando, me acuerdo de una canción que se llama «Edelweiss» y me asalta el sabor de una pizza con aceitunas que comí, con muchísima hambre, cerca del Ponte Vecchio.

Edelweiss, Edelweiss,
Every morning you greet me,
Small and white,
Clean and bright.

De todas esas cosas me acuerdo, sobre todo en los meses de otoño, cuando caen las hojas verdes, sucias y desconsoladas. Y cuando no hace frío ni calor. El aire es denso, aerostático. Me acuerdo del principio de Arquímedes: «Un cuerpo total o parcialmente sumergido en un fluido en reposo recibe un empuje de abajo hacia arriba igual al peso del volumen del fluido que desaloja».

A los primeros relámpagos del año se les suma una condensación ambiental, una polvareda que se me agolpa en las pestañas: un

mueble viejo.

Durante el día soy una figura decorativa; un unicornio de mármol a veces, una candelabro de hierro, otras.

Durante la noche noto los pensamientos cada vez más fuertes. Son tan agresivos que me provocan dolor de cabeza. Cada vez me cuesta más decidirme, especialmente entre playa y montaña, diestro o zurdo, zapato o bota, y cerca de una estrella plastificada, de un monolito o de un edificio conmemorativo pasa instantáneamente un relámpago, que enciende el cielo, lo parte en dos, lo hechiza, lo agranda y lo magnifica.

Y entonces yo me detengo. Me coloco bien la camisa por debajo del jersey y me trago un par de lágrimas, que es el oficio más inútil del mundo.

Toqué la sonata más triste de mi vida, de un tirón, pasando las páginas de la partitura con desgana, con los dedos manchados de sangre (RH positivo, Salomé), mientras pensaba en una cabeza rota, maltratada por el arte, asesinada por el arte, descuartizada por el arte.

La matemática de la música y la matemática de la vida arrojan el resultado sonoro que registra *La acústica de los iglús*, primer libro de relatos de Almudena Sánchez.

Una madre a la deriva por carreteras secundarias con sus dos hijos en el asiento de atrás; dos ancianos en un teleférico cumpliendo su último sueño; una esmerada estudiante en paro que acaba trabajando como astronauta, y muchas, muchas adolescentes que se pelean entre ellas, aprenden a tocar instrumentos o se enamoran de nadadores recorren las páginas cordiales y alucinadas de esta antología.

Si acaso es posible la quimera de una adolescencia adulta, de una madurez jovial, los relatos de Almudena Sánchez apostarían todo a esa ensoñación, pues en ellos encontramos la mirada única de una narradora que templa el estilo para poner del revés la trama mágica del mundo.

Almudena Sánchez (Palma de Mallorca, 1985). Es periodista. Colabora habitualmente en la web de *Ámbito Cultural*, realizando reseñas y entrevistas. Fue incluida en *Bajo treinta*, antología de nuevos narradores españoles. *La acústica de los iglús* es su primer libro.

Para entrar o salir de la ciudad sitiada

Fuera de juego. *Miguel Ángel Ortiz*

El profesor de literatura. *Christian Vega*

98 segundos sin sombra. *Giovanna Rivero*

Canje. *Víctor Sombra Macarrón*

Escarnio. *Coradino Vega*

Made in Spain. *Javier Mestre*

El agua que falta. *Noelia Martínez Pena*

La edad ganada. *Mar Gómez Glez*

sin música. *Chus Fernández*

Yosotros. *Raúl Quinto*

La vida periférica. *Roxana Villarreal*

Fuera de tiempo. *Antonio de Paco*

El comensal. *Gabriela Ybarra*

Meteoro. *Mireya Hernández*

Filtraciones. *Marta Caparrós*

La pertenencia. *Gema Nieto*

Los primeros días de Pompeya. *María Folguera*

El estado natural de las cosas. *Alejandro Morellón*

La fórmula Miralbes. *Braulio Ortiz Poole*

Algunas ideas buenísimas que el mundo se va a perder. *Alberto Olmos*

Edición en formato digital: septiembre de 2016

© 2016, Almudena Sánchez Jiménez
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15451-76-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La acústica de los iglús

La señora Smaig
El frío a través de los engranajes
Apuntes desde la bóveda celeste
El nadador del Hotel Minerva
El arte incrustado
Eclipse
Compostura: la línea imaginaria
El triunfo humano
Cualquier cosa viva
Introducción al relámpago

Sobre este libro
Sobre Almudena Sánchez
Últimos títulos publicados
Créditos